



ESTUDIOS

EL PENSAMIENTO BUROCRÁTICO MARXISTA *

Por ALEJANDRO NIETO GARCIA

Sumario: I. INTRODUCCIÓN.—II. HEGEL.—III. MARX-ENGELS: 1. La fase liberal. 2. La perspectiva histórica y política. 3. El ataque a la Burocracia.—IV. POSIBILIDAD TEÓRICA DE LA SUPERVIVENCIA BUROCRÁTICA EN EL ESTADO OBRERO: Engels, Kautsky, Lenin.—V. POLÉMICAS EN TORNO A LA BUROCRATIZACIÓN DEL PARTIDO: 1. Polémica Lenin-Trotsky sobre el significado del Partido. 2. Polémica Lenin versus Luxemburgo y Trotsky sobre la burocracia del Partido. 3. Polémica Michels y Bujarin sobre la burocratización de la socialdemocracia. 4. Juan Andrade y la Burocracia reformista.

I. INTRODUCCION

En capítulos anteriores hemos examinado lo que tradicionalmente viene considerándose como «antecedentes» de la teoría burocrática: una serie de textos que, según hemos visto, más que simples antecedentes constituyen un cuerpo de doctrina coherente y maduro. Pero también ha podido observarse que los autores del siglo XIX no forman una *escuela*, en el sentido de que, siendo radicalmente autodidactas, no se apoyan los unos en los otros, ni parten de los mismos principios que tratan de desarrollar o criticar, sino que sus escritos son una pura y simple reacción individual ante un fenómeno concreto—el burocrático—, que les atrae con particular atención. Lo cual no significa, ni mucho menos, que entre ellos no haya podido establecerse algún tipo de relaciones culturales: en un caso, la conexión

* El presente trabajo reproduce, gracias a la amabilidad del autor y del Instituto de Estudios Administrativos, los cinco primeros epígrafes del capítulo IV del libro del profesor ALEJANDRO NIETO sobre *El pensamiento burocrático*, de inminente aparición.

ha sido producida por el gran acontecimiento de la Revolución francesa, en otro, se han polarizado en torno al modelo político-administrativo prusiano y, en fin, el liberalismo económico ha sido la fuente de inspiración de la mayoría de quienes han escrito en la segunda mitad del siglo.

Muy distinta es la situación que vamos a estudiar en el presente capítulo. Aquí nos encontramos ante un grupo de individuos que afrontan el problema burocrático desde una perspectiva compleja común —el marxismo—; pero que, además, y a diferencia de los liberales, se inspiran en unos textos clásicos (los de Marx, Engels y Lenin) que algunos aceptan como dogmas que no necesitan demostración. En este sentido pueden considerarse como una escuela. Y, por lo mismo, hay entre ellos quienes respetan rigurosamente la letra de los dogmas (ortodoxos) y quienes se separan de algún modo de ella (heterodoxos). Aunque, a decir verdad, la condena de heterodoxia no se deriva tanto del respeto a los textos sagrados como de la fuerza política de quienes pueden lanzar la excomunión.

Aunque la fuente inmediata de inspiración está constituida obviamente por los escritos de Marx, para la debida inteligencia de éste, ha sido preciso remontarnos a Hegel. La influencia filosófica de éste sobre aquél es un hecho tan conocido que no precisa de mayor aclaración; pero conviene subrayar que es particularmente intensa en lo que se refiere a la cuestión de la Burocracia, ya que, como vamos a ver, el texto más conocido de Marx es un comentario a las reflexiones hegelianas sobre el tema. La sistemática aquí utilizada no quiere decir, sin embargo, que la teoría de Hegel sólo tiene valor en cuanto antecedente explicativo de la teoría marxista; antes al contrario, resulta evidente que tiene importancia y sustantividad propia. Pero como resulta que, aparte de Marx, no ha tenido influencia directa sobre otros autores relevantes, ha parecido útil exponer sus ideas en este lugar, y no en otro, como hubiera podido ser en las páginas dedicadas al pensamiento burocrático autoritario, a cuya fundamentación teórica contribuyó con singular relevancia, según fue explicado en el lugar correspondiente (capítulo segundo, V).

Por lo que se refiere a Marx, conviene destacar que, no obstante la importancia que siempre dio al tema, no llegó a elaborar una teoría burocrática con arreglo a un sistema coherente. Sus reflexiones siempre fueron hechas al hilo, y como al margen, de otros temas más complejos; lo que ha producido graves consecuencias. La primera de ellas es la ignorancia. Por extraño que resulte, es el caso que en la inmensa bibliografía marxista, donde parece que se ha analizado exhaustivamente hasta el último detalle de los problemas, la Burocracia ocupa un lugar desventajoso y constituye la auténtica Cenicienta de la glosa. Hasta la fecha se carece de un estudio profundo y ambicioso en el que, al menos, se hayan fijado los textos del autor referentes al tema. Esta situación puede haber sido provocada por la falta de especialización monográfica entre los comentaristas. Quiere decirse que Marx ha sido estudiado por los filósofos, los economistas, los historiadores y los teólogos y psicólogos, pero son muy pocos los especialistas en organización o en Burocracia que se han ocupado de su obra. Con el resultado de que tan importante aspecto de la misma ha quedado en la penumbra.

Pero más grave que la ignorancia ha sido la deformación. Desde el primer momento, el rico y flexible pensamiento de Marx ha sido congelado en unas fórmulas rígidas: la crítica a Hegel, el análisis de la Comuna y, a todo lo más, del bonapartismo, elaborándose sobre estos materiales un *dogma oficial* inmutable. La consagración de dogmas oficiales siempre es algo intelectualmente sospechoso y científicamente inadmisibles; pero cuando el dogma se ha elaborado sobre textos mutilados y deformados y, además, se ve amparado por una fuerza política de represión, hay que prever unos efectos desastrosos. Y esto es lo que ha sucedido. Como puede suponerse, la función del dogma ha sido políticamente interesada, puesto que fue el programa burocrático de Lenin vísperas de la revolución bolchevique.

La revolución rusa ha sido luego la prueba de fuego de la teoría burocrática marxista. Hasta entonces no habían surgido problemas graves, puesto que todo se había reducido a un

análisis convencional de la Burocracia capitalista y a un pronóstico sencillo: la Burocracia, instrumento al servicio del Estado capitalista, sería arrastrada por éste en su caída. La sorpresa vino cuando, después de la Revolución, resultó que la Burocracia no sólo no desaparecía con el socialismo sino que incluso se robustecía. Para explicar esta incómoda situación se acudió a la tesis oficial de que se trataba de un fenómeno coyuntural—herencia transitoria del antiguo régimen y consecuencia provisional de una economía de guerra—y apolítico, puesto que operaba al nivel de la ineficacia y el papeleo, sin que su trascendencia rebasase el campo de lo administrativo.

No obstante, fueron transcurriendo los años y lo provisional parecía confirmarse como definitivo. La Burocracia se convirtió en una amenaza tan poderosa, que podía resistir incólume los ataques del Partido Comunista. Diariamente fue combatida, pero no por ello dejaba de extenderse. En estas circunstancias los excesos verbales de los políticos y de los teóricos empezaban a sonar a falso. Sobre el socialismo pesaba una contradicción insuperable: de acuerdo con el dogma, el sistema era incompatible con la Burocracia; pero de acuerdo con la realidad, el socialismo precisaba de la Burocracia para poder garantizar el desarrollo industrial... y la estabilidad política; por lo que, en consecuencia, era inevitable. Esto último resultaba particularmente grave, puesto que ponía de relieve la carga ideológica de la aparente actitud antiburocrática oficial. Añádase a esto que los burócratas iban aislándose de la población, cerrándose sobre sí mismos, acumulando privilegios y abrogándose facultades de decisión que los propios políticos no conseguían limitar. Los principios democráticos del socialismo se debilitaban cada día y en su lugar operaba autoritariamente una Burocracia, que se justificaba por las exigencias del dirigismo económico y que, por otra parte, era utilísima al dictador. Para Stalin la Burocracia era mucho menos incómoda que la democracia soviética.

La verdad es que el peligro de la inevitabilidad burocrática ya había sido sospechado por algunos autores heterodoxos antes de la Revolución; pero nadie había llegado a imaginar el

verdadero alcance del fenómeno. Observando la realidad es como pudo llegarse a una conclusión inesperada: el socialismo soviético no era tal socialismo sino un nuevo sistema, que tomaba la forma de Burocracia. Y todavía más: la Burocracia no sólo suplantaba al socialismo sino también al capitalismo. De esta manera se llegaba a la «burocratización del mundo», a un estado bárbaro de civilización, en el que capitalismo y socialismo se veían superados o integrados por el sistema burocrático. La crítica marxista heterodoxa abandonaba el dogma para llegar a unas conclusiones de nivel planetario. La Burocracia dejaba de ser un problema socialista para convertirse en el tema universal del siglo xx.

Esta es una actitud genérica, que pretende dar una explicación completa al devenir de la Humanidad. Pero naturalmente, y como hemos de ver a lo largo del capítulo, los análisis concretos son mucho más sutiles. En principio, el problema obsesivo y reiterado es el de la posibilidad de considerar a la Burocracia como una clase. Frente a la actitud anterior, tremendamente realista y dramática, esta otra parece excesivamente teórica; pero, al menos, tiene la ventaja de que encaja dentro del sistema marxista, en cuanto que refleja fielmente los esquemas mentales de la escuela.

¿La Burocracia es una clase, o no lo es? ¿Cuáles son las reglas de esta nueva clase? ¿Existe el socialismo o nos encontramos ante un sistema burocrático, que de socialista sólo tiene el nombre? ¿Hay algún remedio frente a la burocratización del mundo? Tales son los grandes temas de la teoría moderna. Los autores heterodoxos, sean occidentales o renegados de los aparatos del poder socialista, suelen adoptar a este respecto posiciones radicalmente pesimistas; en contraste con la postura oficial, que trivializa el problema, colocándolo al nivel de los métodos administrativos, del papeleo o de la corrupción individual. En este sentido, la Burocracia, así trivializada, constituye un utilísimo chivo expiatorio para justificar los desastres económicos concretos: las imperfecciones del sistema no son debidas a él sino a los errores personales de los burócratas. En los países socialistas ésta es la superficie de la cuestión; aunque en el

fondo tengan lugar las grandes maniobras de las distintas Burocracias que luchan incesantemente por el poder: la del Estado, la del Partido, la de la economía. Cada día hay que proceder a reajustes para garantizar el equilibrio, aunque sea inestable.

Por su parte, quienes viven fuera del sistema no aceptan participar en este juego teórico y procuran evitar la trampa, puesto que, según ellos, la nueva clase, cualquiera que sea la forma burocrática que adopte, nada tiene que ver con el socialismo. Y si se quiere dar autenticidad a éste, sólo hay un camino: volver a las masas. La masa es el único poder que puede vencer a la Burocracia. Pero ¿es esto posible? ¿No se tratará de una nueva ilusión como la que existía antes de 1917, antes de que la realidad derribara bruscamente el castillo de naipes que la teoría había gratuitamente especulado? La atractiva consigna del «poder para las masas» puede quedarse en un simple principio demagógico mientras no se encuentren fórmulas concretas de realización. La verdad es que ningún político socialista rechaza este principio, aunque sean muy pocos los que han intentado llevarlo a la práctica y es dudoso que tal llegue a ocurrir algún día.

Pues bien, si la realidad es así, si no parece viable el someter la realidad a los sencillos principios de la teoría, resulta claro que, si de veras quiere superarse el abismo que separa a la teoría de la práctica, habrá que ensayar el camino contrario, o sea, no pretender sujetar una realidad indomable a los verbalismos teóricos, sino, más modestamente, tratar de explicar por qué la realidad se resiste a aceptar los principios. Este camino resulta obviamente más incómodo y agrava aparentemente la responsabilidad de los autores, ya que tendrán que rectificar las fáciles y demagógicas consignas de halago a las masas; pero es el único honesto y probablemente el más rentable. En definitiva ¿por qué no se reinstaura la democracia soviética? ¿Por simple capricho o maldad de los tiranos? La respuesta afirmativa, demasiado ingenua y demasiado cómoda, está ya muy gastada y no convence a nadie. Habrá, pues, que buscar otra. Tal es la tarea que hoy debe acometer la teoría marxista de la Burocracia.

Tal es, muy sumariamente enunciado, el repertorio de ideas y problemas de que se va a ocupar el presente capítulo a lo largo de muchas páginas, densamente pobladas de una bibliografía, a veces pedante, fría y abstracta, pero en otras ocasiones singularmente viva y aun personalmente vivida. El marxista que escribe sobre Burocracia puede poner en juego su destino personal. Y también encontrará el lector polémicas desgarradas y críticas acerbas que han influido tanto en la evolución científica del tema como en la misma marcha de la Historia.

II. HEGEL

En su *Filosofía del Derecho* (1821-1822) (1) ha realizado Hegel un análisis extraordinariamente lúcido del fenómeno burocrático, que no ha sido casi nunca puesto de relieve de manera suficiente, en parte, quizá porque de ordinario sólo es conocido a través de la dura crítica que de él hizo Marx (2). Y, sin embargo, en los párrafos 287 a 297 de esta obra se hace un estudio armónico y conjunto de buena parte de los grandes temas de la Burocracia. Temas que no eran rigurosamente originales y que posteriormente han de reaparecer en otros autores; pero que sólo en Hegel (como luego en Max Weber) encuentran un tratamiento sistemático como subsistema coherente dentro del gran sistema social por él construido. Afirmación que no se contradice en absoluto por la circunstancia de que Hegel nunca utiliza el término Burocracia, cuyo neologismo no llegó a aceptar. Pero esto no tiene importancia. El caso es que siempre se ha identificado su tema con el de la Burocracia. Así lo entendió ya Marx (3) y desde entonces ésta es una interpretación pacífica de su pensamiento.

(1) Se cita por la edición de la Fischer Bücherei, Frankfurt am Main, 1968.

(2) Conviene notar que, como consecuencia de esta inversión óptica, algunos hegelianos marxistas hacen mayor hincapié, en sus comentarios, sobre los textos de MARX glosando a HEGEL que sobre el propio HEGEL. Cfr., por ejemplo, Mario Rossi: *Il sistema hegeliano dello Stato*. Feltrinelli, Milán, 1970, II, pp. 272-294.

(3) En la *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel* (pp. 57-58 de la edición manejada) se insiste en que «HEGEL ha hecho una descripción empírica de la burocracia, y lo que él llama poder del Gobierno no es otra cosa que la Administración desarrollada como Burocracia».

a) Hegel parte de la *distinción entre la Administración estatal y la de las Corporaciones* (municipales, estamentales, religiosas, etc.). En la primera es donde se encuentra la Burocracia propiamente dicha, atendida por los funcionarios estatales, y su objetivo consiste en la ejecución de las decisiones adoptadas por el príncipe (inspiradas, por principio, en el mantenimiento del interés general). El segundo tipo de Administración persigue, por el contrario, la realización de los intereses especiales comunes que corresponden, no al Estado, sino a la sociedad civil; aquí no se da una Burocracia, puesto que no hay funcionarios, sino que son los propios ciudadanos quienes eligen a los titulares de sus órganos de gobierno (si bien su nombramiento debe ser autorizado por el Estado en la medida en que la gestión de los intereses especiales comunes de la sociedad civil inciden —y, en consecuencia, deben estar subordinados— sobre el interés general del Estado) (§§ 287 y 288). En este punto recoge Hegel la doctrina tradicional de la Burocracia como forma de gobierno de los funcionarios, contrapuesta al autogobierno de los ciudadanos; siendo aquí de notar la importancia—ordinariamente olvidada por unos comentaristas empeñados en acusarle de autoritarismo— que da Hegel a las formas de autogobierno, que no sólo tienen validez propia (y por ello lamenta su desaparición en Francia: adición al § 290), sino que además actúan de freno constante al gobierno burocrático. Con lo que se comprueba, una vez más, la influencia anglosajona en las concepciones políticas del autor, que se traduce en un matiz muy moderno y muy «democrático» (bastante más allá, por supuesto, del liberalismo decimonónico), que altera sustancialmente sus planteamientos autoritarios principales.

b) Como anticipación a las posteriores elaboraciones de la *sociología* moderna, afirma que el principio fundamental del poder ejecutivo (burocrático) se encuentra en la división del trabajo (§ 290), subrayando la necesidad de la organización, pues sólo gracias a ella se convierte en fuerza, en poder, lo que de otra manera sería una masa de átomos particulares (adición al § 290). Esta perspectiva se profundiza aún más con el análisis de la actividad burocrática, que caracteriza por su objeti-

vidad (§ 291), imparcialidad (§ 296) y abstracción, sin perjuicio de que la solución de los problemas particulares no pueda ser abstracta sino adaptada a la realidad concreta (§ 290).

c) Desde el punto de vista administrativo, la organización burocrática implica una centralización, con la consecuencia de la facilidad, rapidez y eficacia en el despacho de los asuntos. Pero esta centralización y modo de actuar deben encontrar siempre un límite en los derechos de los individuos y en la cooperación de las organizaciones no burocráticas (adición al § 290).

d) Por lo que se refiere a los *burócratas, individualmente considerados*, su procedencia es variada—al no haber una clase social en la que recaiga el ejercicio de la función administrativa—y son nombrados por el monarca (§ 294) de acuerdo con la prueba de sus conocimientos, que es el único criterio legítimo de selección (§ 291).

e) La significación de los *burócratas, considerados en su conjunto*, es muy grande: psicológicamente constituyen la médula del Estado o clase media, de la que, a su vez, depende la grandeza del Estado; y desde el punto de vista político tienden a formar una aristocracia especial y egoísta, que fue precisamente lo que sucedió con la antigua clase de los juristas, quienes mediante el arbitrio de utilizar un lenguaje esotérico o jerga formal, terminaron sirviéndose de su función como instrumento de ganancia particular y hasta de dominación. Fenómeno inadmisibles, que sólo puede ser evitado mediante un severo control ejercido por partida doble: desde arriba, por el Gobierno, y desde abajo, por las Corporaciones (§ 297).

f) La *perspectiva jurídica* del problema es analizada con gran detalle: el servicio al interés general es la nota explicativa de toda la actividad burocrática. Por esta razón su ejercicio no se basa en un simple contrato (aunque el mismo pueda existir de hecho) sino que constituye una auténtica profesión vitalicia y remunerada, cuyo incumplimiento no implica una simple infracción de obligaciones contractuales sino que tiene la naturaleza de infracción funcional, que puede llegar incluso a ser delito. Y por lo mismo, el funcionario debe estar igualmente protegido frente a las presiones de los ciudadanos y fren-

te a las del príncipe, cuyas sugerencias, cuando sean dictadas por un puro interés privado, no deben ser atendidas (§ 294).

g) La idea central del *comportamiento burocrático* se encuentra en el deber de servir al interés general (§ 293). Tal es el norte orientador de sus obligaciones y lo que justifica la existencia de sus derechos. Las facultades del burócrata sólo son admisibles en cuanto estén enderezadas al cumplimiento de su deber (§ 294). Para evitar los abusos posibles se encuentran sometidos, según se ha indicado, al doble control jerárquico y corporativo (§ 297).

h) El *papel político* de la Burocracia se encuentra, como puede imaginarse, dadas las características de la obra y del autor, minuciosamente examinado. A la Burocracia corresponde evitar el particularismo tendencial de la voluntad del Estado y potenciar la función regulativa del mismo en cuanto expresión del interés general. En cualquier caso, nunca debe rebajarse a actuar como instrumento de la voluntad despótica y arbitraria del príncipe. Con una Burocracia bien entendida, los peligros no van por ahí, sino por el extremo opuesto: la fortaleza burocrática que se predica, tan necesaria a la hora de resistir las presiones del monarca, puede resultar excesiva y desembocar en una independencia inadmisibile, hasta llegar a aislarse como si fuera una aristocracia y a actuar al servicio de la arbitrariedad y de una dominación (§ 297). Para evitar este riesgo, el autor analiza en el mismo parágrafo el doble control que sobre la Burocracia ejercen el poder monárquico, de un lado, y la sociedad burguesa, de otro, autoorganizada en municipios y corporaciones (§§ 295 y 297).

En el esquema anterior se comprueba perfectamente la afirmación dicha de que en Hegel se encuentra por primera vez un tratamiento complejo de los distintos problemas de la Burocracia. Con anterioridad a él existían abundantes estudios de carácter jurídico sobre los funcionarios y, por otro lado, vagas disquisiciones éticas sobre su comportamiento ideal, así como algunas consideraciones sobre su significado político. Mientras que en la *Filosofía del Derecho* se refunden todas estas perspectivas, a las que se añaden algunas aportaciones inéditas —especialmen-

te la sociológica y las de las luego llamadas Ciencia de la Administración y Teoría de la Organización—, conforme a datos empíricos observados directamente de la realidad administrativa de la Prusia de su tiempo.

Desgraciadamente este tratamiento complejo—complejo por la variedad temática y por la acumulación de datos reales y de especulaciones teóricas—no tuvo sucesores. Posteriormente se han desarrollado sólo visiones parciales, que no han vuelto a encontrar casi nunca un análisis integrador.

El primero en abandonar este camino fue Marx, quien, al menos, tuvo el mérito de realizar una profunda crítica de la tesis hegeliana, al llevar a cabo en su juventud una revisión general de la filosofía del «Estado». Según Marx (4), el error fundamental de Hegel estriba en aceptar como real la imagen que la Burocracia tiene de sí misma. Por ello admite Hegel que la Burocracia representa el interés general, siendo así que esto es una mera presunción por parte de ella, que no se corresponde con la realidad. «Hegel hace una descripción empírica de la Burocracia que refleja, en parte, lo que es real pero que en otra parte no expresa la realidad sino la opinión que la Burocracia tiene de sí misma». En el fondo, esta descripción es un formalismo político que desnaturaliza la realidad, que está encubriendo, al seleccionar arbitrariamente sus elementos y, sobre todo, por esconder las contradicciones existentes. El punto básico del razonamiento hegeliano estriba en la oposición de los intereses particulares de la sociedad civil (y sus corporaciones) y el interés general que representa el Estado; o, mejor todavía, la oposición entre el individuo con sus intereses personales y corporativos y el ciudadano miembro del Estado. El papel formal de la Burocracia reside aquí en mediar entre ambas oposiciones y hacer frente al interés particular de las corporaciones para imponer el interés general del Estado. Sin embargo—en opinión de Marx—, a Hegel se le escapa el dato fundamental de que la Burocracia tiene sus propios intereses, distintos de los «generales» que representa el Estado, y en este sentido

(4) *Kritik der Hegelsenschen Staatsphilosophie*. Conviene tener presente que esta obra permaneció inédita hasta 1929, por cuya razón no pudo ser tenida en cuenta hasta entonces por los autores marxistas.

ella es también una corporación. Con la consecuencia, fácilmente imaginable, de que, a la hora de la verdad, cuando la democracia pretenda asumir—frente a las corporaciones y frente al propio Estado—la auténtica representación del verdadero interés general, entonces la Burocracia se opondrá a ella, pues advertirá que la democracia, al intentar superar los intereses particulares (incluidos los burocráticos) es el enemigo común. «Cuando el espíritu de las corporaciones es atacado, lo es también el espíritu de la Burocracia, y si ésta combatía anteriormente la existencia de las corporaciones en defensa de su existencia propia, ahora procura salvaguardar la existencia de las corporaciones para salvar el espíritu corporativo, que es también el suyo.»

En definitiva, pues, la aparición de la democracia va a hacer saltar tanto el esquema mental de Hegel como la realidad política prusiana, de tipo absolutista, sobre la que se ha montado. La democracia (identificando en la realidad—por seguir la terminología de Marx—el interés general y el particular) va a poner de relieve lo que tiene la Burocracia de perturbador y egoísta. La Burocracia es un aparato colocado fuera de la sociedad civil, que puede ser útil cuando ésta, organizada en corporaciones particulares, sólo esté preocupada por intereses egoístas (como sucede en los sistemas absolutistas feudalizantes) pero que resulta peligrosa cuando la sociedad adquiere un nivel democrático en el que la oposición externa de la Burocracia sólo puede ser perjudicial. En una sociedad democrática la Burocracia carece de razón de ser, en cuanto aparato externo, y, por tanto, debe ser absorbida por la sociedad.

Sobre esta perspectiva político-filosófica, realiza Marx un examen también empírico de su funcionamiento, poniendo de relieve que se basa en: formalismo, secreto, culto a la autoridad, materialismo sórdido (entendiendo por tal el afán egoísta de los burócratas por conseguir buenos puestos y hacer carrera) y espiritualismo inútil (entendiendo por tal la pretensión de hacerlo todo, desarrollando una actividad incesante, para disimular la falta de una función real).

A mi modo de ver, la crítica de Marx es acertada en cuanto se dirige al fenómeno burocrático; pero es injusta respecto de Hegel. Marx tenía razón al poner de relieve los graves peligros que entraña la Burocracia, pero resulta ingenuo imputárselos a un autor. Marx parece, en efecto, olvidar que, como él mismo observa al principio, Hegel se limita a *describir* la Burocracia, en gran parte tal cual es. El fenómeno burocrático se desarrolla en la Historia al margen de las especulaciones de los filósofos. El tiempo ha demostrado que los temores de Marx eran más que fundados; pero no debe buscarse la causa de ello en un libro, y lo único que podía haberse reprochado a Hegel es el no haber subrayado debidamente tales peligros, según hizo Marx; sin olvidar tampoco que la posterioridad cronológica de este último le permitió utilizar una perspectiva inaccesible al primero.

Por otro lado, también resulta injusta en este punto la acusación de autoritarismo o, al menos, de elogio excesivo de la Burocracia. Hegel, como un siglo más tarde Max Weber, describe a la Burocracia tal como aparece de hecho en la realidad, y se limita a explicar su significado. Pero no hay que olvidar que nadie como Hegel ha insistido tanto en las limitaciones burocráticas, que, como se recordará, actúan en una doble dirección: la Burocracia limita el poder del príncipe (5) y los egoísmos particulares y, por otra parte, la Burocracia resulta, a su vez, limitada por el príncipe y por las corporaciones. En definitiva, el objetivo de la Burocracia es la defensa del interés general del Estado, y aquí está la clave de toda la cuestión: porque Hegel subraya el aspecto positivo de tal función, frente a los egoísmos particularistas del príncipe y de los ciudadanos, mientras que Marx subraya su aspecto negativo, en cuanto considera dicho interés general como un puro formalismo. La verdad es que ambas posturas están justificadas, y ésta es una de las muchas paradojas de la Burocracia.

Para terminar, resulta curioso poner de relieve la escasa importancia que en la inmensa bibliografía hegeliana se ha dado

(5) Así se ha puesto recientemente de relieve por FLEISCHMANN: *La philosophie politique de Hegel*, p. 313.

al tema de la Burocracia, que está prácticamente sin desarrollar. Una excepción representa, sin embargo, la reciente obra de Avineri (6), el cual ha insistido en la condición estamental que la Burocracia tiene para Hegel y en su función equilibradora. Frente a los egoísmos particularistas de los estamentos de la sociedad civil (el conservadurismo de la clase agraria y el individualismo de la industrial), la Burocracia sólo persigue un interés ajeno: el universal o, si se quiere, el interés general. Según este autor, Hegel entiende que una de las características del nuevo Estado consiste precisamente en el montaje de una «Burocracia moderna y organizada racionalmente», en lo que no difiere mucho del «modelo ideal weberiano». En definitiva, «la teoría hegeliana de la Burocracia no sólo es una consecuencia de las necesidades funcionales de una sociedad compleja y diferenciada, sino que también supone una corrección de la tendencia de la sociedad civil a apoderarse del poder absoluto y supremo».

III. MARX-ENGELS

Parece ocioso subrayar la importancia que tiene el análisis de la Burocracia realizado por Marx: no se trata sólo de la profundidad y agudeza de sus observaciones, dispersas a lo largo de una inmensa obra, sino de la influencia que posteriormente ha ejercido en otros autores—«los marxistas»—, que indefectiblemente han buscado para sus meditaciones una inspiración en el autor alemán, cuyos textos consideran siempre como punto de partida, cuando no tratan simplemente de glosarlos con más o menos imaginación y criterio propios.

Pero prescindiendo de esta influencia reverencial, hay que reconocer a Marx el mérito objetivo de haber planteado—de forma asistemática, pero con precisión—buena parte de los problemas que hoy siguen afligiendo a los estudiosos de la Burocracia. En este sentido, como en tantos otros, continúa y supera la línea hegeliana, y hasta muchos años después no volvería

(6) *Hegel's Theory of the modern State*, pp. 155 y ss. Cfr. también NAVILLE: *De l'aliénation*, pp. 98-115.

a surgir, con Max Weber, otro autor que ejerciera una importancia similar en la literatura especializada.

Ahora bien, Marx, a diferencia de Hegel y de Weber, no realizó nunca un análisis particular del tema, en el que pudieran hacer presa fácil sus innumerables seguidores, sino que sus observaciones, como acaba de decirse, se encuentran dispersas a lo largo de su obra, exigiendo, en consecuencia, una previa y laboriosa tarea de reconstrucción de textos, que aún no ha sido hecha de manera satisfactoria; lo que no deja de llamar la atención, habida cuenta del enorme volumen de la glosa marxista. Para mayores dificultades, es de tener presente, además, que la teoría burocrática del propio Marx, sin perjuicio de su unidad interna, se fue desarrollando al cabo de los años, y nunca de forma independiente, sino dentro del contexto, y como al margen, de otros problemas, más directamente examinados.

Todo ello hace muy difícil una exposición coherente de la doctrina marxista sobre la Burocracia; que en el presente libro, para mayor claridad aunque de manera un tanto convencional, se articula a continuación en diversos epígrafes de orden cronológico, pues así es como mejor se respeta el pensamiento de Marx y se priva a su doctrina de la connotación monolítica y dogmática con que suele aparecer en casi todas las exposiciones, en evidente contradicción con el modo de ser y de pensar de su autor.

1. La fase liberal

En las páginas anteriores ya hemos visto la crítica realizada por el joven Marx a la teoría burocrática de Hegel, partiendo de unos presupuestos evidentemente no «marxistas». Pues bien, todavía durante algunos años siguió Marx adoptando frente a la Burocracia la típica actitud de un liberal pequeño-burgués, para quien las intervenciones administrativas constituyen un entorpecimiento para el normal desarrollo de los mecanismos sociales, y del que se hace responsable a los burócratas, que idean y ejecutan tales medidas. A este propósito valga de ejem-

plo lo que en agosto de 1848 escribía en la *Neue Rheinische Zeitung* (cuyos lectores eran burgueses liberales y, por descontado, antiprusianos): «Los renanos podemos contar cosas estupendas sobre el grado de perturbación que las medidas adoptadas y rígidamente ejecutadas por la alabada Burocracia prusiana producen en toda la vida social—la agricultura, la industria, el comercio, la minería—es decir, en todas las relaciones sociales sin excepción» (7).

2. La perspectiva histórica y política

A) Los comentarios a Hegel y las críticas, inmediatamente posteriores, a los defectos burocráticos no son propiamente marxistas, por cuanto en ellos —y sin perjuicio de su agudeza— aún no aparecen los elementos esenciales de tal filosofía: el materialismo histórico y el concepto de clase. Estas cuestiones son manejadas por primera vez, por lo que a nuestro tema se refiere, en la obra de Engels, *el Status quo en Alemania* (1847), cuya perspectiva se reproduciría luego, aunque con infinitas variantes y notables precisiones, en los posteriores escritos burocráticos de él y de Marx.

Engels ya concibe aquí a la Burocracia como una clase que interviene con reglas propias en el juego político de cada país y de cada momento. En la Alemania prerrevolucionaria, concretamente, el papel de la Burocracia consiste en equilibrar los intereses dispersos y localizados del campesinado y de la pequeña burguesía, que son incapaces de administrarse por sí mismos y de superar la estrechez de miras de sus planteamientos puramente locales. El vacío dejado por estas clases, política y nacionalmente taradas, podría llenarse lógicamente por un Estado que asumiese con conciencia la representación total del país; pero al faltar también, lo que de veras aparece es la Burocracia, que, amparándose en su situación externa a los grupos sociales y en su función equilibradora, pretende dar al Estado una aparente independencia respecto de la sociedad.

(7) *Apud* Iring FETSCHNER: «Marxismo y Burocracia», en *Eco*, Bogotá, marzo 1965, p. 527.

Esta situación se mantiene hasta que la burguesía pasa al primer plano económico y social, con unos intereses que no precisan ya del apoyo burocrático. Es decir, que los intereses de la burguesía (a diferencia de los de la pequeña burguesía y el campesinado) no son representados y dirigidos por la Burocracia. Más aún: la burguesía no sólo se desembaraza de la tutela burocrática, sino que aspira nada menos que a dominarla, para ponerla directamente a su servicio; con lo cual los papeles se invierten, y el antiguo árbitro de los grupos sociales va a convertirse en el servidor de uno de ellos.

Tal era la evolución que Engels preveía en 1847. Como es sabido, muy pocos meses después se desencadenaron por Europa unos movimientos revolucionarios que, aun confirmando sólo en parte el pronóstico, dieron pie a unos análisis mucho más matizados y ya «marxistas» en sentido propio.

B) En efecto, en *El 18 de Brumario* y *Luis Bonaparte*, aborda de nuevo Marx el problema, pero ya desde una perspectiva menos simplista, analizando el origen, desarrollo y sucesivos papeles que ha ido jugando la Burocracia a lo largo de la Historia: la Burocracia, «ese terrible parásito que envuelve como una piel el cuerpo de la sociedad francesa, cegando todos sus poros»,

— Surge en la época de la monarquía absoluta, con la decadencia del sistema feudal, cuyo proceso de descomposición contribuye a acelerar (8). Los privilegios señoriales de los terratenientes y de las ciudades se transforman en atributos del poder estatal, los titulares de los señoríos feudales pasan a ser funcionarios retribuidos y el mapa variopinto de los contradictorios poderes medievales se refunde en el plan regular del Estado, cuyo trabajo se divide y centraliza a la manera del de una fábrica.

— La Revolución francesa desarrolló lo que la monarquía

(8) Ya hemos visto que esta idea se encuentra extendida en los autores del siglo XIX (recuérdese, por ejemplo, a BARANTE, en 1849, y en Italia, a MINGHETTI), que notoriamente desconocen a MARX, como MARX a ellos. En definitiva, se trata de un «descubrimiento» de la historiografía de la época, que los teóricos de la Burocracia se limitan a aplicar a su campo.

absoluta había empezado ya: una centralización complementada con una mayor amplitud de los servidores del Estado y de sus atributos; este proceso de perfeccionamiento de la maquinaria estatal culmina con Napoleón.

— La monarquía restaurada, al igual que la de Orleáns, no añade nada más que una mayor división del trabajo, que aumenta en la misma medida que van apareciendo nuevos grupos de intereses dentro de la sociedad burguesa, como consecuencia de la división del trabajo, que se acelera en ella.

— La república parlamentaria de 1848, finalmente, en su lucha contra la Revolución, se vio obligada a fortalecer los poderes y la centralización del Gobierno, al objeto de hacer más eficaz la represión.

A la vista de este proceso, deduce Marx las siguientes consecuencias: 1) Durante la época absolutista la Burocracia constituye un elemento progresivo que acelera la descomposición del régimen feudal, al combatir los privilegios de los poderes señoriales y de las corporaciones medievales, imponiendo un principio de igualdad entre los ciudadanos. 2) Conseguido este objetivo, la Burocracia se convierte en un factor retardatario, puesto que, al asimilar torticeramente los intereses «comunes» (cuya gestión corresponde directamente a los miembros de la sociedad) a los intereses «generales», de los que es responsable la Administración, suplanta la gestión democrática por la burocrática, sin más cobertura que este malicioso cambio de etiquetas o calificación de intereses. 3) Las sucesivas transformaciones políticas que hasta ese momento han tenido lugar adoptan en este punto una actitud idéntica: en lugar de romper la máquina estatal, la fortalecen; y los partidos, que se van sucediendo en el poder, consideran que el apoderarse de este monstruoso aparato estatal es el premio más ventajoso del vencedor. Y todavía hay un dato fundamental: el papel político de la Burocracia ha ido evolucionando. Durante la monarquía absoluta, lo mismo que durante la Revolución y Napoleón, la Burocracia fue sólo un medio para la preparación de la dominación clasista de la Burguesía; mientras que con la restauración, con Luis Felipe y con la República parlamentaria se convirtió ya en un instrumento de la

clase dominante, sin perjuicio de su tendencia a alcanzar un poder propio.

Toda esta evolución experimenta con Napoleón III un nuevo quiebro de naturaleza esencial: en el Segundo Imperio la Burocracia consigue, al fin, independizarse del Estado, *dejando de ser un instrumento de intereses ajenos y pudiendo afirmar, por primera vez, los suyos propios*. La maquinaria estatal se ha consolidado ya definitivamente, mereciendo el título de «Burocracia bonapartista». Fenómeno que hay que enlazar con aquel otro, más general, del bonapartismo político, para el que tanto Marx como Engels buscaron afanosamente una explicación científica.

Como es sabido, Marx, en la obra que estamos siguiendo, considera a Luis Bonaparte sustancialmente apoyado en una clase —los pequeños campesinos— ciertamente muy numerosa, pero políticamente inmadura, que es incapaz de gestionar por sí misma sus propios intereses, incluso mediante la institución parlamentaria y que, por tanto, tiene que entregarse a un jefe, de gran autoridad, para que la represente y gobierne por medio de sus burócratas. Dicho con otras palabras: el «bonapartismo es la única forma de gobierno posible en un momento en que la burguesía ha perdido su capacidad de gobernar la nación y el proletariado no la ha adquirido todavía» (9). Engels, por su parte, explica el mismo resultado por la circunstancia de que en aquel momento no hay ninguna clase lo suficientemente poderosa como para hacerse con el poder, de tal manera que el monarca se convierte en árbitro de un equilibrio inestable. En definitiva, las causas y la consecuencia son siempre las mismas: unas clases sociales incapaces de autogobernarse, por una parte, y un dictador por otra: «cada vez se ve con mayor claridad que cuando la burguesía carece de un instrumento para gobernar directamente y que, por tanto, cuando ni siquiera a cambio de una buena retribución (como es el caso de Inglaterra) quiere encargarse de dirigir al Estado y a la Sociedad conforme a sus propios intereses, la forma natural de gobierno será una dicta-

(9) *Der achtzehnte Brumaire*, pp. 374-382. La última cita literal procede, sin embargo, de *Der Bürgerkrieg*, p. 921.

dura bonapartista, que desarrollará los intereses fundamentales de la burguesía, incluso contra su voluntad, pero sin dejarla participar directamente en el gobierno. Se trata, pues, de un maridaje muy especial de intereses: la burguesía, contra su voluntad, se ve obligada a seguir al dictador, por cuanto éste, en el fondo, atiende los intereses de ella; y el dictador, por su parte, está vinculado a la burguesía, e incluso obligado a servir sus intereses, aunque no le guste, por encontrar en ella su único soporte» (10).

La pequeña propiedad parcelaria es muy apropiada por su misma naturaleza para la constitución de una Burocracia todopoderosa e innumerable. Con ella se crea un nivel uniforme de relaciones y de personas sobre todo el país y, al mismo tiempo, se hace posible actuar desde un centro supremo sobre todos los puntos de esa masa uniforme. Con ella se destruyen las instancias aristocráticas intermedias entre el pueblo y el Estado. Con ella se provoca igualmente la intervención directa del Estado. Y, finalmente, con ella se crea un exceso de población desocupada que, al no encontrar trabajo ni en el campo ni en la ciudad, se aprovecha de los cargos oficiales como de una limosna honorable y provoca la constante creación de otros nuevos. Una enorme Burocracia, bien condecorada y bien alimentada, es la *idée napoléonienne* que con mayor agrado acepta el segundo Bonaparte, máxime cuando se vio obligado a crear, junto a las clases sociales reales, una casta artificial, para la cual el mantenimiento del régimen era una cuestión de vida o muerte. Y por lo mismo, una de sus primeras operaciones financieras consistió en la subida de los sueldos de los funcionarios, así como la creación de nuevas sinecuras (11).

Concebido el bonapartismo, y su Burocracia, como un fenómeno ligado alseudoprotagonismo del campesinado, resultaba lógico deducir que su desaparición había de ser la consecuencia natural de la desaparición del campesinado en cuanto clase económica. Así lo afirma rotundamente Marx en las últimas pági-

(10) Carta a MARX de 13 de abril de 1866. *Apud* MARX-ENGELS: *Ausgewählte Briefe*, p. 167.

(11) *Der achtzehnte*, pp. 381-382.

nas de su citado libro: «Con la progresiva disolución de la pequeña propiedad rústica se derrumba el aparato estatal edificado sobre ella. La centralización estatal, que necesita la sociedad moderna, se levanta sobre las ruinas de la maquinaria estatal de tipo militar y burocrático, que surgió en oposición al feudalismo (12). Pero la destrucción de la máquina estatal no pondrá en peligro la centralización, ya que la Burocracia es sólo la forma baja y brutal de una centralización, todavía obsesionada por su oposición al feudalismo.» En resumidas cuentas, *Marx, en aquel momento, no identifica al Estado—ni siquiera al centralizado—con la Burocracia, y lo que busca es una nueva centralización estatal no burocrática, superadora de la centralización burocrática entonces existente, de la misma manera que ésta había superado antes al feudalismo.*

C) Otro análisis similar—y mucho menos conocido—del papel histórico-político de la Burocracia es el que realiza Engels en torno a los acontecimientos revolucionarios de Alemania (13). *Desde esta perspectiva, la Burocracia aparece como un elemento de poder que, como consecuencia de los vaivenes políticos, se deteriora, firma pactos y alianzas con otras fuerzas y hasta puede cambiar de trincheras; pero siempre retiene su valor protagonista y una marcada proclividad al conservadurismo. Veámoslo:*

Con anterioridad a la Revolución de 1848, la Burocracia constituye, junto con el ejército, uno de los pilares del gobierno absolutista, si bien puede advertirse que «cada día se iba contaminando con las corrientes circundantes» (14).

(12) Aquí termina la edición revisada por Marx en 1869. Pero en la edición original de 1852 aparecía otra frase más, que se reproduce a continuación en el texto, y que es muy significativa para entender la evolución del pensamiento de Marx. Cfr. la edición de Liebes, cit., p. 383, nota 52.

(13) Cfr. la colección de artículos escritos en 1851 y 1852, recogidos bajo el título genérico de *Revolución y contrarrevolución*. Ed. Grijalbo, México, 1967. Estos artículos fueron publicados en 1851-1853 en el *New York Tribune* bajo el nombre de Marx, aunque en realidad fueron escritos por Engels. La primera edición alemana, con el título *Revolution und Konterrevolution in Deutschland*, es de 1896.

(14) *Los estados alemanes*. Artículo de fecha 6 de noviembre de 1851, p. 44, de la edición castellana.

Como consecuencia de la insurrección de marzo, se forma en Prusia un gobierno burgués (el de Camphausen y Hansemann), cuya primera preocupación fue detener el movimiento revolucionario, que amenazaba con desbordar los objetivos meramente burgueses de quienes habían ocupado el poder, a cuyo efecto el nuevo ministerio no tuvo más remedio que buscar «el apoyo de cuantos habían servido de sostén al anterior gobierno: la aristocracia feudal, la Burocracia y el ejército». Pero esta actitud moderada habría de ser fatal al propio movimiento burgués: «Tanto era el miedo que causaban a los ministros las turbulentas masas, que, a sus ojos, todos los medios eran buenos para fortalecer los cimientos de su débil autoridad. Pero estos pobres desgraciados estaban equivocados por completo; creían que los peligros de una restauración del antiguo sistema habían pasado ya, y todo su empeño consistía en poner en juego el antiguo mecanismo, con el fin de restaurar el orden. Ni un solo empleado público ni oficial del ejército fue despedido. Lo único que se alteró en Prusia fueron las personas de los ministros y, sin embargo, el alto personal de los ministerios no sufrió el menor cambio» (15).

En definitiva, la Burocracia, olvidando aparentemente sus antiguos servicios al absolutismo, pacta con la burguesía y se presta a colaborar con ella. Este era, en principio, su destino histórico. Pero en Prusia todavía no estaban las cosas suficientemente maduras. Ante la amenaza del proletariado, que no se daba por satisfecho con la victoria burguesa y quería seguir hacia adelante, los aliados de Berlín «se acobardaban y retrocedían ante las tendencias revolucionarias y procuraban restaurar poco a poco el poder en manos del despotismo feudal, burocrático y militar» (16).

Esta situación de equilibrio inestable empezó a resolverse por reflejo de los acontecimientos franceses, que seguían marcando la pauta de la política de Centroeuropa: «La derrota de los obreros de París marca la fecha de los primeros pasos positivos y de los primeros planes definidos del antiguo partido feu-

(15) *La insurrección de Berlín*, 28 de noviembre de 1851, p. 59.

(16) *La Asamblea Nacional de Francfort*, 28 de febrero de 1852, p. 67.

dal burocrático de Alemania para desembarazarse de sus aliados accidentales, los individuos de las clases medias, y para reponer a Alemania en la misma situación en que se encontraba antes de marzo» (17). La alianza de la Burocracia y de la Burguesía no fue, pues, de larga duración. «Después de la caída de Hansemann se constituyó un gobierno de burócratas y militares, todos reaccionarios recalcitrantes» (18).

A la vista de estas observaciones, pudiera deducirse la existencia de una doble Burocracia: la absolutista (feudal) y la liberal. Pero, en realidad, se trata de otro fenómeno mucho más simple: *la Burocracia es ambigua. Instrumento al servicio del poder y, al tiempo, elemento de dicho poder, está capacitada para servir con igual celo a la corte de Prusia y a la burguesía liberal*. Por tradición representa con gusto el papel reaccionario, pero eso no obsta a que pueda inclinarse a veces por la carta liberal; recuérdese a tal efecto que Marx había anotado que años antes estaba la Burocracia prusiana contaminada por la ideología liberal (19).

(17) *La Asamblea de Francfort y la Revolución de Paris*, 18 de marzo de 1852, p. 67.

(18) *La Asamblea de Prusia y la Asamblea Nacional*, 17 de abril de 1852, p. 108.

(19) Otra perspectiva histórica del papel de la Burocracia podría resultar de su «teoría sobre el modo de producción asiático», que implicaría la existencia de una burocracia tradicional en una sociedad sin clases, caracterizada por la atribución dominical de las tierras al monarca. Esta idea, muy imprecisamente formulada por Marx, ha encontrado su expositor más riguroso en WITTFOGEL, un marxista «renegado», furiosamente anticomunista. Para WITTFOGEL, «en la base de la sociedad oriental se halla la extraordinaria importancia de las obras públicas, dirigidas por una casta burocrática que se considera al exclusivo servicio del soberano. Los poderes del Estado, es decir, del soberano y de su Burocracia de constructores-organizadores-controladores, son muy extensos, puesto que no ejecuta tan sólo las obras públicas, sino que gestiona o controla el comercio, buena parte de las industrias de extracción y de transformación, los transportes y los servicios de información. El soberano y los miembros del aparato estatal viven de la plusvalía que les llega en forma de prestaciones personales y de impuestos. El fin esencial del despotismo industrial es el de perpetuarse a sí mismo y a la economía agraria que le sustenta. La propiedad privada, cuando y donde existe, no confiere ningún poder político. De aquí que la división en clases no pueda fundamentarse en la propiedad, sino en las diversas relaciones de cada individuo con el aparato estatal. En resumen, debajo del soberano sólo existen dos clases: la Burocracia, por un lado, y los gobernantes, por otro; entre ellas pueden surgir algunas tensiones, pero es claro que el antagonismo principal con-

3. El ataque a la Burocracia

Atacar a la Burocracia, como ya sabemos, es un lugar común en la literatura del siglo XIX. Ahora bien, la originalidad del pensamiento de Marx se manifiesta, una vez más, en este punto, ya que en lugar de referirse a correcciones individuales o, a lo sumo, a una rectificación de las funciones del Estado, como hace la escuela liberal, insiste en la identificación entre Estado y Burocracia y, de forma rigurosamente lógica, llega a la conclusión de que resulta inútil combatir la Burocracia manteniendo el Estado, incluso aunque las funciones de éste sean limitadas y, por tanto, conecta de forma inexorable la eliminación de la Burocracia a la destrucción del Estado burgués.

Por ello, una vez que se llegó a la tesis de la identificación entre Estado burgués y Estado burocrático, se aceptó como lógica consecuencia el que la revolución proletaria habría de arrasar al tiempo el Estado y la organización burocrática. Marx y Engels «sostuvieron la opinión de que la revolución proletaria tendría que destruir, ante todo, el aparato estatal burocrático, para poner en su lugar el poder de la clase proletaria, políticamente organizada. El aparato administrativo existente les pareció estar estrechamente unido a la clase burguesa (y pequeño burguesa) que, según ellos, no podría servir de instrumento para el poder político del proletariado; pero no pensaron en la construcción de un aparato nuevo al servicio de éste, sino más bien en una forma de administración que no diera lugar a ningún aparato de empleados, y en la que el poder político se ejecutase, en su caso, de forma directa por representantes del pueblo elegidos por él mismo» (20). Dicho con otras palabras: la sustitución del Estado burocrático por el Estado democrático.

tinúa siendo el que existe entre el aparato burocrático estatal y la gran masa de los sojuzgados, antagonismo cuyas diferencias permanecen siempre estabilizadas sin agudizarse ni aliviarse». (Resumen tomado de SORAN: *El modo de producción asiático*, pp. 141-146.) Dado el relativo interés que tiene esta teoría en el marco general de MARX, baste con esta breve referencia. Pero conviene tenerla en cuenta, porque, andando los años, no faltarían tentaciones de aplicar este esquema a la Burocracia soviética, a la que así podría considerarse como una clase, no obstante la abolición de la propiedad privada.

(20) FETSCHNER, p. 536.

La primera oportunidad histórica de llevar a cabo realmente este ataque a la organización burocrática tuvo lugar con los acontecimientos de la Comuna parisiense de 1871, en la que se hizo un ensayo—más bien inconsciente, pero que resultó sistemático—de sustituir el aparato permanente del Estado burgués por un «Estado obrero». La comuna «fue en su esencia un gobierno de la clase trabajadora, el resultado de la lucha de la nueva clase contra la poseedora, o sea, la forma política, al fin descubierta, bajo la cual podría realizarse la liberación económica del trabajo» (21).

Como es sabido, esta tentativa fracasó; pero tal circunstancia no impidió que Marx pudiera deducir los rasgos esenciales de aquella operación, que, efectivamente, logró desmontar casi por completo la organización burocrática tradicional (22). Estos rasgos son los siguientes:

— Los empleados públicos pierden todos sus privilegios, y su salario queda asimilado al de un obrero cualificado.

— Los empleados públicos no sólo son elegidos por el pueblo, sino que además pueden ser destituidos en todo momento por los electores; con lo que se asegura hasta el máximo el control de su actividad.

— Se suprime formalmente la separación de poderes: la comuna, además de dictar disposiciones de carácter general, las ejecuta en cada caso con la colaboración de consejos ejecutivos y de los empleados públicos; con lo cual se imposibilita radicalmente la independencia política de la Burocracia.

En resumidas cuentas, la Comuna de París brinda a Marx-Engels la primera solución a un tema central de su problemática: la fórmula de gobierno democrático que pueda sustituir al Estado tradicional burocrático clasista. Dicha fórmula tiene ya una denominación clásica: La dictadura del proletariado (23).

(21) *Der Bürgerkrieg*, p. 927.

(22) *Der Bürgerkrieg* y, concretamente, el cap. III del *Informe del Consejo General sobre la Guerra Civil en Francia, 1871*, escrito en 30 de mayo de 1871.

(23) «Entre la sociedad capitalista y la comunista hay un período de transición política, cuyo Estado no puede ser otra cosa que la Dictadura revolucionaria del proletariado.» MARX: *Kritik des Gothaer Programms*, escrito en 1875, Ed. Liebes, p. 1034.

«(El objetivo de la Comuna) era terminar con el poder de dominación creado por Napoleón y que basado en el gobierno centralista, el ejército, la policía y la Burocracia, había venido siendo aceptado por cada nuevo gobierno como instrumento útil para ser empleado contra sus enemigos. La Comuna fue consciente desde el principio del hecho de que la clase trabajadora, una vez llegada al poder, no podía progresar; y de que para no perder su fuerza recién adquirida, tenía, por una parte, que eliminar la maquinaria estatal, hasta entonces dirigida contra ella, pero que, por otra parte, tenía que autoprotgerse contra sus propios representantes y funcionarios, a cuyo efecto declaró a todos, sin excepción, revocables en cualquier momento. Pero, ¿cuáles eran las características del Estado anterior? Para atender a sus intereses comunes, la sociedad se había creado sus propios órganos, originariamente mediante una simple división del trabajo. Pero estos órganos, cuyo vértice es el poder central, con el tiempo se fueron transformando como consecuencia de sus intereses peculiares especiales, y de servidores de la sociedad se convirtieron en dueños de la misma, como puede comprobarse no sólo en la monarquía hereditaria sino también, y de la misma manera, en la república democrática... Un ejemplo muy significativo tenemos en Norteamérica... Aquí no hay ni dinastía reinante, ni nobleza, ni ejército permanente, ni Burocracia con cargos inamovibles y derechos pasivos. Y, sin embargo, aquí hay dos grandes bandas de especuladores políticos, que poseen sucesivamente el poder estatal y ejercen una explotación con los medios y los fines más corruptos; mientras que la nación se ve impotente contra estos grupos de políticos, que aparentemente están a su servicio, pero que en realidad la dominan y devastan... Contra esta inevitable transformación de los estados y de sus órganos—de servidores de la sociedad a dueños de ella—, la Comuna aplicó dos remedios infalibles (electividad, revocabilidad y límites retributivos)... De acuerdo con las doctrinas filosóficas, el Estado es el desarrollo de la idea, o, si se quiere, la traducción filosófica del Imperio divino sobre la tierra, que realiza o debe realizar la verdad y la justicia eternas... Cuando la realidad es que el Estado no es sino un aparato

de dominación de una clase por otra, lo cual sucede lo mismo en la república democrática que en la monarquía... El filisteo alemán ha vuelto a padecer recientemente un gran susto con la expresión dictadura del proletariado. Pues bien, señores, ¿queréis saber qué aspecto tiene esa dictadura? Contemplad la dictadura parisiense: eso es la dictadura del proletariado» (24).

En definitiva, los objetivos de una auténtica revolución popular van más allá del simple apoderamiento de la maquinaria estatal—militar y burocrática—para ponerla al servicio del ganador (típica maniobra de las revoluciones burguesas), y lo que de veras pretenden es destruir totalmente la maquinaria como condición *sine qua non* para reconstruir la sociedad sobre unas bases nuevas. A partir de 1871 Marx y Engels se expresan en este sentido de una manera inequívoca y reiterada. La experiencia parisina les hizo creer la viabilidad de su propósito y sólo más tarde—como veremos en el epígrafe siguiente—surgiría la sospecha de que la Burocracia pudiese sobrevivir al empujón revolucionario por resultar también imprescindible en el Estado socialista.

Lo que pasa, por otro lado, es que Marx—preocupado fundamentalmente por el papel político de la Burocracia y por su perspectiva histórica—marginó un tanto el problema de su eficacia y, en consecuencia, de su necesidad en la vida moderna. Influidos quizá por la tradición inglesa del *selfgovernment*, está convencido de que una Administración autonómica puede ser tan eficaz, o más, que la burocrática y, por supuesto, más barata. Esta variante aparece ya con toda precisión en la *Crítica del Programa de Gotha*, y a través de tal arbitrio parece posible sin mayores dificultades la superación de la Burocracia y su sustitución por la autoadministración (en su caso, obrera).

El pensamiento burocrático de Marx y Engels evoluciona, en resumidas cuentas, de una fase de interpretación histórica a otra de naturaleza política rigurosamente «marxista». La consecuencia práctica del análisis realizado en la primera fase es muy simple: puesto que la Burocracia es un elemento de poder, que se encuentra al servicio del Estado, importa mucho a la

(24) ENGELS: Prólogo a la edición de 1891 de la *Guerra Civil en Francia*, Ed. Liebes, III, 2, pp. 1032-1033.

revolución no desperdiciar tal fuerza y, por ende, debe utilizarla sin escrúpulos cuando se apodere del Estado, de la misma manera que hasta ahora ha venido utilizándola la burguesía. Ahora bien, cuando el marxismo madura y llega a la identificación extrema del Estado y la burguesía, cambian las cosas y se impone una rectificación del tiro: la Burocracia, en cuanto inseparable del Estado (burgués), es inutilizable y debe ser destruida junto con éste. La Burocracia debe morir, pues —va a morir de forma inevitable— al tiempo que el Estado.

Sentada esta afirmación, tienen que surgir luego, como es lógico, una pregunta (¿qué pasará cuando no haya Burocracia?) y una duda (¿se podrá funcionar?). Ya hemos visto que la respuesta ha sido afirmativa. La dictadura del proletariado subsistirá sin Burocracia, ya que tendrá a su servicio a trabajadores no burocráticos, con la ventaja de que serán no sólo menos peligrosos que los burócratas (en cuanto que sujetos a las reglas de control aplicadas por la comuna parisina), sino incluso más eficaces, como resultado de las técnicas administrativas del *selfgovernment* (según se apunta en la crítica del Programa de Gotha).

Nadie podrá negar que la idea inicial y su evolución posterior son perfectamente coherentes. Pero hasta ahora se ha tratado de una simple interpretación teórica y de una decisión política; ¿qué sucederá cuando, muertos Marx y Engels, se dé el gran salto a la realidad? ¿Hasta qué punto responderá fielmente la realidad —o sea, la práctica de los partidos políticos y la experiencia revolucionaria del Estado— a tales esquemas mentales?

IV. POSIBILIDAD TEORICA DE LA SUPERVIVENCIA BUROCRATICA EN EL ESTADO OBRERO

La experiencia comunal fue, ciertamente, muy interesante, y también las consecuencias teóricas que de ella dedujeron Marx y Engels; pero la circunstancia de que no pudiera sobrevivir invalidó en gran parte la lección histórica deducida. Por encima de aquella tentativa real y de su teorización, quedó sin respuesta la pregunta capital de la viabilidad de la fórmula

comunal, y habría que esperar a otras conyunturas históricas posteriores para revalidar la experiencia, ya veremos con qué resultado.

En cualquier caso, la eliminación de la Burocracia—arrastrada en su caída por el Estado—se presenta como un horizonte, más o menos lejano, según el oportunismo de cada uno, y parece claro que, mientras llega ese momento, y aún entendiendo optimistamente que sea con carácter provisional, *hay que admitir la pervivencia de la Burocracia en la sociedad socialista. Afirmación que trae consigo dos nuevas cuestiones: la conjetura de cómo será el aspecto de la futura Burocracia socialista y la sospecha de que pueda ser contradictoria con el nuevo sistema social.*

Estas dos cuestiones preocupan gravemente a los teóricos. Educados en el pensamiento de Marx, sienten una repugnancia instintiva por la Burocracia, pues presienten que puede adoptar, incluso en el socialismo, formas relativamente semejantes a la Burocracia tradicional burguesa. Y por mucho que se esfuerzan en imaginar fórmulas inéditas, no acaban de encontrar una solución segura. Lo cual resulta intranquilizador; y mucho más, la sospecha—que termina siendo convicción—de que la nueva Burocracia puede ser infiel a los principios socialistas y convertirse en un enemigo interno del sistema.

Esta conclusión resulta doblemente incómoda—y por eso nada tiene de particular que se haga obsesiva—: por un lado, pone en peligro la viabilidad del socialismo y por otro, contradice de plano la teoría de Marx, ya que si fuera cierto que la Burocracia es una simple emanación o expresión del Estado, una vez que el Estado fuera dominado por la clase proletaria, ya no habría lugar a suspicacias, puesto que se trataría de una Burocracia al servicio, en definitiva, del proletariado. Y, sin embargo, se sospecha que no va a ser así, porque la Burocracia—tal como el propio Marx en textos no demasiado conocidos había ya apuntado—es algo más que un instrumento del Estado y de la clase dominante. Tiene un poder propio, y de la misma manera que fue infiel al Estado burgués, puede serlo también al Estado socialista.

Admitir ésto supone, pues, admitir una incorrección en el planteamiento marxista originario—entendiendo por tal el estereotipado en los dogmas vulgarizadores—, lo cual es muy grave. A partir de este momento, la teoría burocrática marxista se escinde en dos campos irreconciliables, que todavía subsisten: de una parte están quienes—sin preocuparse del pretendido dogma inicial y atentos a la observación de la realidad—afirman que la Burocracia puede ser (y andando los años, dirán que ya es) infiel y rebelde al Estado socialista, por desviar las energías de éste en su propio provecho. Frente a dicha línea—calificada inmediatamente de heterodoxa—están quienes afirman que por principio esa situación es inimaginable; la Burocracia está identificada con el Estado, y al servicio de éste y de la clase trabajadora; y puesto que lo declara así el dogma, forzosamente tendrá que ser así la realidad, por encima de los detalles contradictorios que puedan surgir en la vida cotidiana. Más adelante tendremos ocasión de ver cómo se van perfilando ambas actitudes; de momento se trata de describir simplemente el proceso de la aceptación teórica de la supervivencia de la Burocracia en el *Estado obrero de transición* al socialismo. En el epígrafe siguiente se examinará esta misma problemática de la supervivencia, pero no ya referida al Estado, sino al Partido; porque es el caso que en los últimos años del siglo, mientras el tema del Estado obrero se presenta como un futurible, más o menos lejano, la Burocracia se ha afirmado en la realidad de las organizaciones políticas revolucionarias, y éste es un fenómeno que obsesiona a los dirigentes, no tanto por afán dogmático como por su constatada existencia y porque, en último extremo, de su solución depende la eficacia del movimiento.

ENGELS

Es curioso señalar que, pocas semanas después de haber escrito las páginas que arriba se han reproducido, el 24 de octubre de 1891 (25) tropieza, al fin, Engels con la gran cuestión de

(25) Carta a BEBEL, Apud *Ausgewählte Briefe*, pp. 389-390.

la Burocracia: la necesidad de contar con individuos especializados a efectos de una buena gestión de la economía socialista. «Para apoderarnos y poder gestionar los medios de producción necesitamos una gran cantidad de individuos bien formados... Preveo que en los próximos ocho o diez años afiliaremos técnicos, médicos, juristas y maestros en cantidad suficiente para que las fábricas y las grandes propiedades puedan ser administradas en beneficio de la nación por los miembros del Partido. De esta manera, nuestra llegada al poder tendrá lugar de la forma más natural posible. En cambio, si llegamos antes de tiempo al poder, serán los técnicos nuestros principales enemigos, nos engañarán y traicionarán siempre que puedan y tendremos que aplicar a ellos el terror.»

La afirmación implica, pues, el reconocimiento paladino de que el aparato técnico y burocrático no es un mal absoluto necesariamente dependiente del Estado (de la misma manera que el Estado tampoco sería un mal absoluto necesariamente dependiente de la sociedad burguesa), sino que su valoración es relativa según las circunstancias: la Burocracia es peligrosa (para el socialismo) si está en manos de burgueses y al servicio del Estado burgués; pero es beneficiosa —y también necesaria!— si está en manos del Partido y al servicio de la Nación. En consecuencia, el objetivo no consiste en destruir a cualquier precio la Burocracia sino en transformarla colocándola al servicio del socialismo.

KAUTSKY (26)

En defecto de una nueva realidad histórica empíricamente analizable, el problema burocrático hubo de continuar siendo tratado exclusivamente en el plano teórico. A fines del siglo publica Kautsky un libro sobre *Los orígenes del cristianismo*, en el que, abandonando el optimismo acrílico de Marx, se pregunta si la clase obrera, una vez llegada al poder, no corre el peligro de caer en manos de una Burocracia dominante, de

(26) En este lugar se sigue a MANDEL, pp. 16 y 17.

la misma manera que sucedió con la Iglesia cristiana a partir de Constantino.

Parece ser que aquí contaba Kautsky con una sugerencia anterior de Noske, el cual por los 1891-1892 había llegado a la conclusión de que las organizaciones obreras, conforme iban desarrollándose, se burocratizaban del mismo modo que la Iglesia lo había hecho durante su desarrollo histórico. El problema, como puede comprenderse, es gravísimo, ya que, en su caso, podría invalidar las experiencias comunales y el análisis de Marx: nada se conseguiría destruyendo al aparato burocrático estatal si en su lugar fueran a aparecer otras burocracias proletarias.

Kautsky, por lo demás, resuelve la hipótesis en un sentido optimista mediante un razonamiento sutil: la Iglesia católica llega al poder en condiciones de desarrollo decreciente de las fuerzas productivas, lo que hacía inevitable la burocratización; mientras que, por el contrario, el socialismo implica una expansión colosal de las fuerzas productivas y, por consiguiente, la desaparición progresiva de la división del trabajo y una revolución considerable en el terreno de la cultura. Con la consecuencia de que en tales condiciones de riqueza material y de desarrollo cultural intenso, la victoria de la burocratización resulta históricamente inconcebible.

A juicio de Mandel, «la respuesta de Kautsky es globalmente correcta; pero falta un eslabón en su razonamiento, al no tener en cuenta una eventualidad que nadie hasta entonces había examinado: ¿qué pasaría si la clase obrera tomase el poder, no en uno de los países capitalistas más avanzados, sino en un país atrasado? En tal caso, los factores enumerados por Kautsky como frenos a la burocratización (abundancia material y progreso cultural) ya no existirían; por lo que la insuficiencia del desarrollo de las fuerzas productivas y del desarrollo cultural, e incluso del desarrollo numérico del proletariado, permitirían una victoria burocrática temporal».

LENIN

En los meses cruciales de 1917, vísperas del acceso al Poder, escribe Lenin *El Estado y la Revolución* (27), libro en el que se afronta de manera muy concreta el papel de la Burocracia en el futuro Estado obrero, que inmediatamente va a constituirse. A estos efectos, su punto de partida es la doctrina de Marx, ya expuesta, a propósito de la comuna francesa. «Las revoluciones rusas de 1905-1917—afirma Lenin—han continuado, si bien en otra situación y en distintas circunstancias, la obra de la comuna, y confirmado así el genial análisis histórico de Marx.»

Con tal objetivo, la primera tarea del proletariado consiste en *destruir* el Estado burgués. Lenin enfatiza mucho este texto, por cuanto supone la lección fundamental que extrajo Marx de la experiencia comunal. Como es sabido, Marx y Engels, en el prólogo a la edición de 1872 del *Manifiesto del Partido Comunista* (28), quedaron tan impresionados de los acontecimientos de París que se vieron obligados a rectificar un punto esencial del Manifiesto, por entender que «la clase obrera no está en condiciones de apoderarse sencillamente de la máquina estatal, preexistente y de ponerla a su servicio». Esto no parece ya útil, pues resulta imposible adaptar el Estado burgués a la revolución proletaria; en consecuencia, lo primero que hay que hacer es destruirla y, luego, organizar un nuevo aparato al servicio del proletariado. En este sentido, y por lo que se refiere a nuestro tema, la postura de Lenin, siguiendo fielmente a Marx, no puede ser más rotunda:

— Se manifiesta decididamente antiburocrático y resuelto a extirpar el mal.

— Ahora bien, la eliminación brusca y total de la Burocracia le parece una utopía: hay que admitir su supervivencia durante algún tiempo.

— Pero, en todo caso, la Burocracia sigue constituyendo en

(27) Se sigue aquí «Staat und Revolution», en *Ausgewählte Werke*, Dietz, 1963, II, pp. 315-420.

(28) P. 16 del tomo I de MARX-ENGELS: *Ausgewählte Schriften*. Moscú, 1950.

este período de transición un peligro que exige una transformación sustancial de la misma, con objeto de neutralizarla.

— A tal efecto, los funcionarios deben ser elegidos por el pueblo y revocables en todo momento, su sueldo no debe exceder del de un obrero cualificado y las tareas que se les encomienden deben variar continuamente, trasladándoles con frecuencia de sus puestos de trabajo.

— Distingue, en fin, dos clases de funcionarios: los burócratas propiamente dichos, cuyas funciones quedarán reducidas a la simple ejecución de las decisiones políticas o, si se quiere, al modesto papel de «vigilantes y contables», y los especialistas; sin perjuicio de que el control popular se ejerza por igual y con la misma intensidad sobre unos y otros.

Todas estas medidas—que, por otra parte, suponen el puente que ha de llevar del capitalismo al socialismo—se refieren de forma inmediata a la transformación del Estado, o sea, que tienen un carácter político; sin embargo, alcanzan su total justificación al relacionarlas con los objetivos económicos, es decir, con la realización o preparación del paso de la propiedad privada capitalista a la propiedad colectiva de los medios de producción.

En definitiva, se trata de sustituir un poder por otro de naturaleza distinta: el de los soviets, bandera revolucionaria enormemente emotiva, precisada a este respecto por aquellos meses en otra de sus obras: «El poder de los soviets significa una reforma total del viejo aparato burocrático que impedía cualquier iniciativa democrática; la supresión de este aparato y su sustitución por un aparato nuevo, popular, auténticamente democrático, como es el de los soviets... (implica) la facultad dada a la mayoría del pueblo de tener iniciativa e independencia, no solamente para elegir diputados, sino *incluso en la Administración del Estado*» (29).

Al mismo tiempo que expone su programa burocrático, tiene buen cuidado Lenin de precisar su alcance exacto, para hacer frente a las interpretaciones «heterodoxas» de «traidores» y «re-

(29) *Una de las cuestiones fundamentales de la Revolución*. Septiembre 1917.

negados». Así sale al paso de la crítica de Bernstein, conforme a la cual este tipo de medidas parecen demasiado simples y propias de una *democracia primitiva*. Aun admitiendo que así sea —responde indignado Lenin—, nada tiene de particular, puesto que, primero, la transición del capitalismo al socialismo no es posible sin un cierto retorno a la democracia primitiva, y, segundo, la llamada democracia primitiva ha de tener un aspecto muy diferente cuando opera sobre la base del capitalismo y de la cultura capitalista que en los tiempos del precapitalismo.

La polémica más dura se dirige, sin embargo, contra Kautsky. Acabamos de ver que este autor venía ocupándose desde hacía tiempo de la cuestión de la Burocracia. Además, en otras obras que aparecen citadas en *El Estado y la Revolución* (como *La revolución social* y *El camino hacia el poder*), había llegado a afirmar rotundamente la necesidad de la supervivencia burocrática, teniendo en cuenta que algunas empresas—como, por ejemplo, los ferrocarriles—no pueden funcionar sin burócratas (a cuyo efecto proponía la constitución de una «especie de parlamento» obrero que les vigile), y que la mayor parte de los ministerios son también inimaginables sin burócratas. En resumidas cuentas, afirmaba que en la fase de la oposición obrera «no podemos salir adelante sin funcionarios, tanto en el partido y en los sindicatos como en la administración estatal. En consecuencia, nuestro programa no exige la supresión de los funcionarios estatales, sino su elegibilidad por el pueblo». Tal actitud exaspera a Lenin, quien, como de costumbre, imputa a su adversario el haber incomprendido totalmente la recta doctrina marxista. No se trata —dice— de permitir la supervivencia de la Burocracia, aunque sea controlada por el pueblo, sino de algo muy distinto: «Los obreros, después de haber conquistado el poder político, romperán el viejo aparato burocrático, lo demolerán hasta sus cimientos, no dejarán de él piedra sobre piedra, y lo reemplazarán por un nuevo aparato que comprenda a estos mismos obreros y empleados. Y para impedir que se conviertan, a su vez, en burócratas, se tomarán inmediatamente las medidas tan minuciosamente estudiadas por Marx y Engels: 1. Electividad, con posibilidad de revocación en todo momento. 2. Salario que no sea

superior al de un obrero. 3. Que *todos* desarrollen funciones de control y vigilancia, de tal manera que, siendo todos burócratas temporalmente, *ninguno* pueda convertirse definitivamente en un burócrata.»

Por otro lado, la tesis de la «especie de parlamento» es incongruente: «Kautsky no se ha percatado de la diferencia que existe entre el parlamentarismo burgués—que alía una democracia que no es para el pueblo con un burocratismo que va contra el pueblo—y la democracia proletaria, que ha de adoptar inmediatamente las medidas necesarias para eliminar al burocratismo de una manera radical, y que, además, va a ser capaz de llevar estas medidas hasta el final, o sea, hasta la destrucción completa del burocratismo y hasta la introducción de una completa democracia para el pueblo.»

«La supervivencia burocrática dentro del Partido sólo es admisible mientras no se haya consumado la revolución. Hasta entonces, efectivamente, no podemos seguir adelante sin funcionarios, porque el proletariado está esclavizado por el capitalismo, y bajo el yugo del capitalismo la democracia tiene que reducirse como consecuencia de la situación de esclavitud salarial y de la necesidad y miseria de las masas. Por esta causa, y sólo por esta causa, están desmoralizados nuestros funcionarios y tienden a convertirse en burócratas, o sea, en personas privilegiadas alejadas de las masas y situadas por encima de ellas. En esto consiste el Burocratismo, y mientras no se haya expropiado a los capitalistas y la burguesía no haya sido derribada, es inevitable una cierta burocratización, incluso de los proletariados funcionarizados.»

Los planteamientos de ambos autores son, pues, muy distintos. Para Kautsky, el burocratismo pervive en el socialismo por la sencilla razón de que superviven los burócratas. Mientras que para Lenin esto es radicalmente falso: «en el socialismo, aunque pervivan las personas, no supervive la Burocracia, puesto que los funcionarios dejan de ser burócratas», gracias a las medidas que ya han quedado enumeradas.

V. POLEMICAS EN TORNO A LA BUROCRATIZACION DEL PARTIDO

En la óptica de Marx, la Burocracia sólo aparece como tema propio del Estado. Tal había sido lógicamente el planteamiento inicial de Hegel, puesto que entonces los partidos políticos no existían —ni tampoco era el caso de la industria— y, además, la organización rudimentaria de los partidos durante los decenios posteriores tampoco había hecho nacer este problema. En el epígrafe anterior hemos seguido insistiendo, por razones sistemáticas, en este planteamiento puramente estatal; pero conviene señalar que en los últimos años del siglo el panorama real ha cambiado mucho y las cuestiones se han trasladado a otro terreno, que es el que vamos a examinar a continuación. El gran tema de la Burocracia estatal sigue preocupando, naturalmente, a los autores, pero exclusivamente desde una perspectiva teórica, es decir, como una hipótesis de futuro. Aceptado, en principio, el análisis realizado por Marx de la Burocracia del *Estado burgués*, el posible aspecto de la Burocracia del *Estado obrero* ofrece un interés muy secundario, no tanto porque se supone que va a desaparecer (aunque ya hemos visto que inmediatamente surgen dudas al respecto) como por tratarse de una cuestión de futuro, cuyo estudio resulta demasiado especulativo y entra más en el terreno de la profecía que en el de la «ciencia». Además, los autores tenían una cosa más urgente de que ocuparse: la burocratización del Partido. Mientras que la Burocracia del Estado obrero era un problema hipotético, la Burocracia del Partido revolucionario se había convertido en un problema real, que había que ir afrontando cada día para adoptar decisiones cuyo alcance no era teórico, sino de efectos prácticos e inmediatos.

Se trataba, pues, de saber cómo había que organizar el Partido: un tema capital que provocó encendidas polémicas, dividiendo para siempre al socialismo, y en cuyo debate surgió la cuestión de la Burocracia responsable de tal organización. Estas polémicas sobre organización y Burocracia tuvieron más impor-

tancia de la que sus protagonistas suponían. Ellos creían que lo que allí se ventilaba era la forma de llegar a la revolución (y esto era, desde luego, una justificación más que suficiente del calor que allí se puso); pero mientras que unos, como Lenin, insistían tercamente en la sustancialidad y en la primacía del problema, otros, como Trotsky, veían que con ello lo único que se conseguía era elevarlo a la categoría de fetiche y, en definitiva, distraer la atención de algo mucho más importante, a saber: las cuestiones de táctica. «Las tareas de organización —resume este último— están, para nosotros, completamente subordinadas a los métodos de táctica política... (Por ello) para entender la diversidad de opiniones en materia de organización, es preciso contemplarlas desde una perspectiva exterior a sus propios planteamientos; en otro caso el problema se limitará a una disputa verbal» (30).

Hoy sabemos, sin embargo, que su trascendencia fue mucho mayor: la organización burocrática de los partidos revolucionarios ha trascendido a su época desde el momento en que el espíritu y las formas entonces adoptadas han supervivido a la revolución rusa, para seguir inspirando a los partidos comunistas de los países socialistas (y no socialistas) e incluso al propio Estado socialista. Dicho con otras palabras: *en aquellas polémicas de los primeros años del siglo XX no sólo se ventiló la cuestión de los partidos políticos revolucionarios, sino el destino futuro de la organización y de la Burocracia de los partidos comunistas y de los Estados socialistas de los años siguientes, y aun de la actualidad.* De aquí la necesidad de entrar en su examen, aunque aparentemente se trate de un asunto propio de conspiradores rusos. Con objeto, sin embargo, de no desviarnos de nuestro tema, se ha procedido a una selección sintética, limitándonos a referenciar las polémicas que parecen esenciales: Lenin-Trotsky, por un lado, a propósito de la significación del Partido; Lenin versus Rosa Luxemburgo y Trotsky a propósito de su organización; y, en fin, la de Michels-Bujarin, que ofrece una perspectiva distinta, puesto que se centra en el análisis empírico—y no político—de los partidos socialdemócratas occidentales.

(30) *Unsere politische Aufgaben*, pp. 9 y 74.

1. Polémica Lenin-Trotsky sobre el significado del Partido

A fines del siglo XIX empiezan ya a inquietarse los espíritus marxistas por la incipiente formación de una Burocracia profesional que dirige las organizaciones del Partido y de los sindicatos, y surge la cuestión de determinar hasta qué punto esta fórmula resulta lícita al contradecir la gestión directa de las masas en sus propios asuntos. De momento, sin embargo, la fuerza de la realidad se impone (máxime cuando son revolucionarios profesionales los que al tiempo dirigen el Partido y teorizan sobre sus fundamentos) y se reconoce sin excesiva dificultad la conveniencia de este tipo de organización. Según advierte Bernstein en los últimos meses del siglo (1899), «los sindicatos ingleses han empezado con la forma elemental de autogobierno y se han tenido que convencer por la práctica de que esta forma es apropiada solamente para organismos elementales, o sea, para pequeñas asociaciones locales. Con su crecimiento han tenido que renunciar, paso a paso, a ciertas ideas favoritas del democratismo doctrinario (el mandato imperativo, el empleado estatal no pagado, la representación central sin poder, etc.), comprendiendo que paralizaban su desarrollo. Han aprendido a constituir, en cambio, una democracia de gran rendimiento con asambleas representativas, empleados pagados y dirección central provista de poderes. Este peldaño en la historia del desarrollo de la "democracia de artesanía" es extraordinariamente instructivo. Aunque no todo lo que es apropiado para los sindicatos sea positivo para las unidades del cuerpo administrativo, hay mucho de los primeros que es apropiado para estas unidades» (31).

La actitud de los «revisionistas» no puede ser, pues, más clara. Ahora bien, donde el problema alcanza su máxima gravedad es precisamente en el área de los «ortodoxos», ya que las necesidades de la política de la socialdemocracia provocan un planteamiento del tema a otro nivel, cuando llega a defenderse la necesidad de una organización centralizada del Partido, que habría de suponer una ruptura fáctica del contacto directo de

(31) *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*, p. 195.

las masas con sus dirigentes. Nótese que el problema es aquí muy otro. En las organizaciones *locales* del Partido y de los sindicatos, la presencia de una Burocracia profesional podía parecer teóricamente extraña, pero no suponía un peligro grave, dado que la proximidad de las masas a los burócratas permitía un contacto—es decir, un control—directo. En cambio, cuando el Partido impone una organización central, alejado y superior, todo cambia de aspecto, puesto que los burócratas que ocupan este centro supremo de poder van a dominar tanto a las masas locales como a los funcionarios de ellas. Y aquí es donde estalla la polémica.

En 1902 publicó Lenin un libro titulado *¿Qué hacer?* (32), que había de provocar la primera de las grandes polémicas organizativas en el seno de la social-democracia rusa. En él se criticaba la inercia de la espontaneidad de las masas, por entender que carecía de la fuerza necesaria para conseguir los objetivos de la revolución. Las masas no están en condiciones, por sí solas, de superar los meros objetivos económicos de una mejora de su condición. Alcanzar tales mejoras es, por supuesto, muy conveniente; pero esto no es revolucionario. La mentalidad «tradeunionista» se contenta con objetivos económicos, mientras que la mentalidad revolucionaria persigue objetivos políticos. Ahora bien, para llegar a estos objetivos hace falta primero adquirir conciencia de clase, y esto no pueden conseguirlo las masas por sí solas, sino que hay que dárselo desde fuera. Tienen que ser los teóricos y los intelectuales (aunque no procedan de la clase obrera) los que imbuyan a las masas la conciencia de clase imprescindible para conseguir sus objetivos políticos revolucionarios. Y aquí es donde empieza el papel del Partido, pues es a él a quien corresponde educar al proletariado en el conocimiento de la explotación económica a que está sujeto, y *además* en el conocimiento de su explotación política. Resulta obvio, sin embargo, que dicha misión no ha de mantenerse en el terreno del conocimiento. Esta fase es un simple presupuesto (necesario, pero insuficiente) de la revolución. Lo importante es aprovechar

(32) Aquí se sigue la versión alemana de LENIN: «Was tun?», en *Ausgewählte Werke*, I, 139-314.

en cada caso las lecciones de la explotación económica para potenciarlas en una acción política más general. La agitación plenaria no tiene que detenerse en exigir del gobierno mejoras económicas, sino que ha de exigir de él que deje de ser un gobierno autocrático. En una palabra: así como la parte está subordinada al todo, la lucha por las mejoras económicas debe estar subordinada a la lucha política por la libertad y el socialismo.

El Partido se convierte así en la «vanguardia» del proletariado y de la lucha por la revolución. Esta idea de la separación —cualquiera que sea su naturaleza— entre el Partido y las masas ha de tener gravísimas consecuencias. Por lo pronto, en la organización. Al ser diferentes, en principio, los objetivos de la clase y los objetivos del Partido (dirigente y educador de aquélla), también ha de ser diferente su organización: la organización de los trabajadores ha de ser de orientación sindicalista, nada conspirativa y lo más amplia posible; en cambio, la organización de los revolucionarios ha de ser secreta y reducida a profesionales de la revolución. Y, sobre ello, la organización revolucionaria ha de montarse a escala nacional, puesto que no está vinculada a las circunstancias locales concretas, que son las que inspiran la lucha económica de los trabajadores.

De esta manera se consuma la separación teórica y real del Partido y de las masas: se trata de dos cuerpos individualizados, con objetivos y papeles propios, y contando cada uno con una organización separada. El esquema se distancia bastante de los planteamientos de Marx y Engels; lo que Lenin justifica por las circunstancias del momento revolucionario ruso. En esta posición hay un gran fondo de verdad, pero aquí está el germen de futuros peligros, que provocaron una violenta reacción de Trotsky al año siguiente. Para este autor, la teoría leninista conduce a la *sustitución* del proletariado por el Partido en orden a la ejecución de las tareas fundamentales de la revolución.

Este concepto de la «sustitución política» es capital en el pensamiento de Trotsky de 1904. Dicha sustitución tiene lugar cuando el Partido deja de actuar *a la cabeza del* proletariado para hacerlo *en lugar del* proletariado. Las consecuencias de ello son fáciles de imaginar: la pretendida dictadura del proletariado se

convierte en una dictadura *sobre el* proletariado, y la dominación política de la clase, en una dominación política sobre la clase. Los resultados de esta transformación del papel del Partido tienen que ser necesariamente catastróficos, dado que su unión con las masas es su única justificación teórica y real dentro del mundo de la lucha política (33). Lo cual es ya de por sí grave, pero más aún el que así se desencadena un nuevo proceso de sustituciones—que, según Mandel, llegó a percibir Trotsky con absoluta claridad—: de la misma forma que el Partido sustituye al proletariado, luego el comité central sustituiría al Partido y, al fin, el secretario general sustituirá al comité central. Lo que significa que, en último extremo, un solo hombre se arrojará—ayudado por un aparato personal—la tarea de realizar o desarrollar la revolución socialista.

Con la perspectiva de los años, ha podido terciar Mandel (34) en esta polémica, aclarando que la crítica de Trotsky sólo tiene razón a medias. Es injusta en cuanto imputa a Lenin lo que éste realmente no había defendido nunca, es decir, la *sustitución* del proletariado por el Partido. (Lo que sostuvo Lenin fue que la revolución debía realizarse por el proletariado *dirigido* por el Partido). Pero es acertadísima en cuanto pronóstico de lo que había de suceder: muy en contra de las ideas de Lenin, en Rusia—y, en general, en los países socialistas—se ha producido efectivamente la sustitución pronosticada por Trotsky, produciéndose así un estado de usurpación de hecho. El Partido, mejor dicho, un reducido número de miembros del Partido desarrollan una política, que afirman es revolucionaria, sin tener en cuenta para nada las opiniones de las masas, de cuyo control han escapado y a las que dominan por completo.

En cualquier caso, por lo que al problema que nos ocupa se refiere, ya podemos extraer una lección de esta polémica: el socialismo sólo es posible gracias a la acción de un Partido que cuenta con fines propios y con una organización separada servida por profesionales. Esta organización profesionalizada es la Buro-

(33) *Unsere politische Aufgaben*, pp. 128, 180 y 181. Para una descripción muy clara de la polémica sobre el «sustitucionalismo», cfr. AHLBERG, pp. 15-20.

(34) Pp. 18 y 19.

cracia. En resumen: *en el seno de la acción revolucionaria surge con carácter necesario esa Burocracia, que el propio marxismo quería eliminar del Estado.*

2. Polémica Lenin «versus» Luxemburgo y Trotsky sobre la Burocracia del Partido

En las páginas anteriores hemos visto el origen teórico de la Burocracia del Partido. Ahora bien, la existencia real de una Burocracia puede adoptar formas tan diferentes—unas favorables y otras perjudiciales—, que no nos interesa tanto la simple existencia de la Burocracia (que ya empieza a aceptarse con resignación) como su forma o expresión concreta. ¿Cómo debería configurarse la Burocracia del Partido revolucionario? He aquí el tema que provoca una nueva polémica entre Lenin y Rosa Luxemburgo. El objeto de esta polémica—íntimamente relacionada con la anterior, de la que es consecuencia—se centra en las resoluciones del II Congreso del Partido Social-demócrata ruso celebrado en los meses de julio y agosto de 1903 (en cuyo detalle, por descontado, no va a entrarse) y, sobre todo, en las disensiones posteriores, expresadas en un nuevo libro de Lenin (35) minuciosamente contestado por Rosa Luxemburgo (36), que, a su vez, sufrió una réplica aclaratoria de Lenin en un nuevo y breve artículo (37). A nuestros efectos, lo único interesante es poner de relieve los aspectos organizativos discutidos y resueltos, que afirmaron la línea evolutiva que luego se impuso definitivamente.

Lenin, Luxemburgo y Trotsky parten del mismo punto: la necesidad de unificar las organizaciones locales, excesivamente dispersas, en una organización de mayor alcance capaz de recoger la acción política de las masas a nivel de todo el Estado. Lo cual equivale a decir centralización. Las diferencias empiezan, sin embargo, a la hora de determinar la naturaleza y grado de

(35) Se sigue aquí la edición alemana antes citada: *Ein Schritt vorwärts, zwei Schritte zurück*, esp. pp. 495 y ss.

(36) *Cuestiones de organización de la socialdemocracia rusa*. Se sigue aquí la edición alemana de Dietz: ROSA LUXEMBURG: *Gesammelte Werke*, I, 2, Berlín, 1970. *Organisationsfragen der russischen Sozialdemokratie*, páginas 422-444.

(37) *Un paso adelante y dos atrás: Una respuesta a Rosa Luxemburgo*.

tal centralización. Luxemburgo imputa a Lenin una actitud *ultracentralizadora*, es decir, un centralismo riguroso, inspirado en: la radical separación de las fuerzas revolucionarias organizadas respecto de las masas, la disciplina férrea y la intervención del comité en todos los aspectos y funciones de las organizaciones locales, incluida la facultad de nombrar y destituir a sus miembros; lo que en último extremo significa la consideración del comité central como la auténtica médula activa del Partido, de la que las organizaciones locales son simples instrumentos de ejecución. En realidad, Lenin nunca había defendido estas posturas extremas, como demuestra cumplidamente en su réplica (38); pero aquí no importa tanto lo que realmente dijo él como las resoluciones adoptadas y, sobre todo, la línea realmente seguida luego por el Partido. A nuestros efectos, hay que pasar por alto estas precisiones, pues, aunque tengan gran valor a la hora de determinar con exactitud el pensamiento político de Lenin y la fidelidad interpretativa de su contendiente, lo verdaderamente relevante es situar la realidad burocrática del Partido en su contexto histórico y teórico.

Tal como se ha apuntado antes, Luxemburgo reconoce la necesidad del centralismo, si es que el Partido quiere representar a toda la clase al nivel del país, y también reconoce que la tradición centralista del Partido está justificada por la circunstancia de haber nacido en el marco político de un gran Estado centralista—al que debe enfrentarse con las mismas armas—y en el marco económico de un capitalismo no menos centralizador. A lo que se opone, sin embargo, es al ultracentralismo, o sea, a la

(38) La edición alemana, que se maneja, va anotando cada párrafo de Rosa LUXEMBURGO con la correspondiente réplica de LENIN. Esta aleccionadora concordancia pone muy bien de relieve la complejidad de la discusión y la gravedad del problema, que trasciende con mucho a la actitud personal de sus aparentes protagonistas. Por grande que fuera la influencia de LENIN en el Congreso, las conclusiones definitivas fueron siempre el resultado de la tensión entre la mayoría y la minoría, que cambiaba con frecuencia, por razones oportunistas, de actitud. Esto confirma la tesis que aparece a continuación en nuestro texto: no interesan tanto las ideas personales de los autores que se contraponen, como las líneas teóricas y políticas que, de grado o de fuerza, representan, y que son las que van a decidir la suerte del Partido. Una descripción breve y clara de los avatares de la socialdemocracia rusa por aquellos años puede verse en COLÉ, III, 1, pp. 398-409.

separación del Partido y de las masas, a la disciplina férrea y a la supremacía total del comité central sobre las organizaciones locales. Esto, a su juicio, es una transposición mecánica del *blanquismo*, con olvido de las reglas del materialismo histórico, que exige soluciones distintas a los distintos problemas que la sociedad va presentando a lo largo de la historia. Las circunstancias rusas de 1905 son muy distintas de las francesas de mediados del siglo XIX afrontadas por Blanqui en su doctrina de la minoría activa y dirigente. Lenin desconoce—en opinión de la autora—que todos los movimientos revolucionarios rusos han partido espontáneamente de las masas y nunca han sido dirigidos o provocados por la organización del Partido, notoriamente ineficaz hasta entonces en el terreno de la acción y de la dirección revolucionarias. En su consecuencia, parece aconsejable reconocer a las masas y a las organizaciones locales un papel más importante y no subordinarlas por completo a la dirección central del Partido, máxime cuando éste tiende al conservadurismo, o sea, al afianzamiento, paso a paso, de las ventajas que se van conquistando y a la posposición del ímpetu revolucionario.

Planteada así la polémica Lenin-Luxemburgo, tercia en ella Trotsky, insistiendo en todos sus puntos, pero aportando con gran énfasis nuevos elementos de reflexión. Inicialmente reconoce también que el centralismo es un arma poderosa en la lucha clasista del proletariado; pero lo entiende en un sentido muy distinto: para él el centralismo no consiste en organizar y jerarquizar las instancias del Partido, sino en montar un sistema que permita a todos sus miembros participar en la vida de todo el Partido. Sólo cuando se haya afirmado teórica y realmente este presupuesto, puede empezarse a pensar en la reorganización de las estructuras. En consecuencia—y enlazando con lo que antes se dijo a propósito de la accesoriadad de los problemas de organización—, entiende que «el objetivo del momento presente consiste en galvanizar todas las cédulas de organización actualmente existentes y unirlas en un trabajo común, sistemáticamente centralizado sin desarticulaciones ni dispersiones» (39). Por lo que se refiere a la «disciplina», sus matizaciones son igualmente

(39) *Unsere politische Aufgaben*, pp. 98, 104, 105 y 109.

claras: en principio, la defiende también, pero siempre que se trate de una disciplina *político-revolucionaria*, y no al estilo de una fábrica (cuando no de un cuartel), como parece proponer Lenin; puesto que una de las tareas de la socialdemocracia consiste cabalmente en levantar a las masas contra la disciplina de las fábricas, que sustituye el trabajo del pensamiento humano por el ritmo inhumano de los movimientos de las máquinas. En último extremo, los proletarios han de oponer a la disciplina de las fábricas su disciplina político-revolucionaria, y ésta es la única que puede aceptarse (40).

En este punto es cuando surge la asendereada identificación entre centralismo y burocratismo. Esta grave acusación fue manejada a lo largo del Congreso bajo la etiqueta de «centralismo burocrático», puesta en circulación por Plejanow. Lenin se ve acorralado en un terreno resbaladizo del que no siempre sale airoso. Por un lado, reconoce las desventajas del burocratismo: «Esta palabra se puede traducir en ruso por la de lucha por el rango; burocratismo significa subordinar los intereses del objetivo a los intereses de la carrera, perseguir los puestos y no preocuparse por el trabajo, buscar la cooptación en lugar de luchar por la idea. Este tipo de burocratismo no es deseable y resultaría indefectiblemente perjudicial para el partido.» Pero, por otro lado, admite un segundo sentido al término, que permite reconocer el fondo de razón que late en la acusadora identificación entre centralismo y burocratismo, sin necesidad de renunciar a sus posiciones. Existe, en efecto—admite—un principio formal-burocrático que se opone, en cierto sentido, al formal-democrático. Esta oposición es, sin embargo, formal y, de hecho, ambos principios conviven y se complementan en las distintas fases de la evolución del Partido: «El principio democrático sostenido por los oportunistas tiende a ir de abajo arriba, y por ello defiende, cuando es posible, y en la medida de lo posible, el autonomismo y la llamada democracia, sin perjuicio de que pueda desembocar en el anarquismo.» El principio burocrático o centralismo parte de arriba abajo, y por ello defiende los derechos y los poderes de los órganos centrales frente a cada una de las partes. Pues

(40) *Unsere politische Aufgaben*, p. 96.

bien, ambos principios se armonizan de la siguiente manera: «En los momentos de desconcierto es esta instancia superior un círculo que, en razón de su actividad y de su consecuencia revolucionaria, tiene la mayor influencia (el círculo de *Iskra*, concretamente). En los momentos de la reconstrucción de la unidad del Partido y de la desaparición de los círculos tradicionales, esta instancia suprema es el congreso en cuanto órgano superior del Partido. El congreso integra a todos los representantes de las organizaciones activas y designa a los miembros de los órganos centrales, elevándoles a la categoría de instancia suprema hasta el congreso siguiente.» De esta manera se coordinan, pues, teóricamente ambos principios: el democrático, a través del congreso, y el burocrático en los intervalos que median entre congreso y congreso.

El confesado objetivo de Lenin en su defensa del «burocratismo» (entendido, claro es, no como defecto de funcionamiento, sino como forma de organización) consiste en oponerse a la tendencia «oportunista», capitaneada en el II Congreso por Martov. Para Lenin, la desviación oportunista es el gran peligro de la socialdemocracia y, en su opinión, está fomentada por los *intelectuales* infiltrados en el Partido, a los que dirige un duro ataque. El intelectual, en virtud de su inexperiencia e individualismo, repudia la disciplina y tiende a la autonomía. Por ello, sólo los intelectuales se oponen a la soberanía burocrática del comité central, mientras que los proletarios la aceptan gustosos porque tienen conciencia de que así es como se defienden mejor los intereses de su clase.

Frente a tal posición vuelve a alzarse Rosa Luxemburgo, acusando de nuevo a Lenin de generalizar unas circunstancias propias de los países occidentales, pretendiendo aplicarlas a Rusia, siendo así que las condiciones históricas y sociales de este país son completamente diferentes. Nadie puede negar, en efecto, el individualismo y la tendencia autonomista de los intelectuales europeos, debido a su formación cultural y al ambiente político en que se mueven, dentro del parlamentarismo burgués. Pero éste no es el caso de Rusia. Aquí los intelectuales—la historia reciente lo demuestra—no han afirmado su

«yo» individual, sino que, al contrario, vienen desde hace mucho tiempo renunciando a su personalidad para diluirse en el gran bloque colectivo del pueblo, y por lo que se refiere al terreno de la organización, están también ocupando los puestos claves de los órganos importantes del Partido. Por ello, la centralización burocrática que defiende Lenin ha de conseguir resultados exactamente contrarios a los que se propone: pues si con ello se pretende hacer frente a los intelectuales, teniendo en cuenta que en Rusia donde se encuentran es en las organizaciones centrales, al fortalecer a éstas, se les va a fortalecer directamente su poder. He aquí el gran peligro de las trasposiciones acriticas de la realidad de un país a otros distintos. No olvidemos—concluye Luxemburgo—que la revolución, en cuyas vísperas estamos, no va a ser una revolución proletaria, sino burguesa. Burgueses y proletarios estamos luchando juntos contra la autocracia zarista, y sólo después de nuestro primer triunfo común, tendrá lugar la auténtica revolución obrera, una vez que haya vencido a su futuro enemigo y actual compañero, o sea, a la burguesía. Pues bien, si esto es así, parece fatal cualquier operación que tienda a frenar el movimiento obrero en beneficio de la burguesía, y tal es exactamente lo que se propone Lenin con su centralismo burocrático. Este burocratismo, en manos de los intelectuales, se convertirá, después de la revolución, en un instrumento contra los obreros. Por tanto, en esta fase de la lucha, lo que interesa es fortalecer el movimiento de las masas—es decir, fomentar su autonomía—y limitar el desenvolvimiento de tendencias burguesas, enquistadas en la organización central del Partido.

Hasta aquí la polémica sobre el tema de organización y Burocracia en el II Congreso y en sus coletazos posteriores, que, como hemos visto, se centran sobre tres imputaciones que se critican duramente a Lenin: sustitucionalismo, ultracentralismo y burocratismo. Pero conviene señalar que Rosa Luxemburgo siguió insistiendo sobre ello en los años sucesivos (41), para defender la coexistencia de *dos formas de organización*: una burocrática, propia de los años de estabilidad, y otra espontánea o de masas,

(41) Cfr. MANDEL, pp. 19-21.

propia de los momentos revolucionarios. La historia demuestra que en las fases de apatía política y de represión policíaca es preciso una organización profesionalizada y burocrática; pero también enseña que en los momentos de efervescencia revolucionaria tales organizaciones burocráticas resultan demasiado estrechas y frenan el movimiento. Son momentos en los que los obreros, abandonando su aislamiento, acuden por millares, y aun por millones, a la lucha revolucionaria. En estas condiciones, para poder recoger su energía, se precisa de una organización lo más flexible y espontánea que se pueda, es decir, la de los soviets o consejos obreros. Por ello, en tales momentos no puede imponerse un centralismo organizativo paralizador.

El mismo argumento aparece desarrollado con gran énfasis en Trotsky: el Partido tiene que abrir su camino entre los bajamares y pleamares de la energía revolucionaria. En los periodos revolucionarios acuden a la lucha un sinfín de proletarios que es imposible acoger en los cuadros formales del Partido, y se hace preciso acudir a organizaciones ajenas a él; pero cuando sobreviene la reacción, las masas se ausentan y entonces es preciso reafirmar la organización política en garantía de la supervivencia revolucionaria y en espera de mejores tiempos. Trotsky apoya, además, su tesis con la experiencia propia en el Soviet de Petrogrado, que durante algunos meses de la revolución de 1905 llegó a contar con varios centenares de miles de miembros (que desbordaron al Partido, naturalmente, y cuyas energías éste aprovechó a través de la organización del Soviet), pero que muy poco tiempo después desaparecieron por completo (el mismo Trotsky, su presidente, fue encarcelado) y entonces fue cuando el Partido, con su rigurosa organización, volvió a pasar a primer plano (42).

A este propósito, observa Mandel (43) que las posibles ventajas de la organización de los consejos obreros en unas circunstancias determinadas no implican que la organización del Partido tenga necesariamente un carácter contrarrevolucionario, como se está afirmando precipitadamente sobre la base de una

(42) *Zur Verteidigung der Partei*, pp. 180 y ss.

(43) Pp. 19-22.

lectura interesada de Rosa Luxemburgo. El Partido y, en su caso, los sindicatos de masas son, como mínimo, útiles e incluso necesarios en los momentos de paz social.

3. Polémica Michels y Bujarin sobre la burocratización de la socialdemocracia

Robert Michels (44)—un erudito profesor, apasionado socialista de convicciones independientes y muy poco dado a aceptar, sin más, los dogmas y las prácticas tradicionales—centra la base de sus preocupaciones en la democracia, y sólo al hilo de la investigación, tropieza con la Burocracia. Lo que en primer término quiere analizar es la viabilidad de la democracia; y como parece obvio que este fenómeno no debe ser examinado ni en el Estado ni en los partidos burgueses (que, por descontado, no son democráticos), se ocupa de los partidos socialistas europeos que, en su caso, han de ser el motor de la futura democracia. Pero ¿será esto así en la realidad? Frente a las afirmaciones dogmáticas que en tal sentido suelen hacerse, llega el autor a la conclusión de que el estudio de la realidad nos demuestra una verdad aterradora y pesimista, cuya constatación abriría una perspectiva inédita en la ciencia política: tampoco encontramos una auténtica democracia en los partidos socialdemocráticos. Este descubrimiento está apoyado en una abundante literatura teórica y, sobre todo, en el análisis de los hechos, que el autor desarrolla en un proceso lógico muy coherente.

El punto de partida es la necesidad de la organización. Las masas trabajadoras son en todos los sentidos los miembros más débiles de la sociedad, y sólo pueden adquirir consistencia a través de una organización. Con la organización se colocan en una situación de fuerza que les permite enfrentarse a sus enemigos. Ahora bien, en el mismo momento en que la democracia se organiza, empieza a desnaturalizarse, debido a la tendencia inevitable que tiene toda organización hacia la oligarquía y que

(44) *Zur Soziologie des Parteiwesens*, 1911. Aquí se sigue la edición moderna de Kröner, 1957, sobre la segunda de 1925.

desemboca en una división de grupos dentro de ella: la minoría dirigente y la mayoría dirigida. El producto inmediato de la organización es el *Führer*, el dirigente o el jefe, cuyo poder está en función del de la organización, o sea, que cuanto más fuerte es el poder de la organización más fuerte es también el poder de los jefes, constituidos en una oligarquía. Los cuales, además, no se cuidan tanto de aprovechar la energía de la organización en beneficio de la democracia como de dar satisfacción a sus intereses personales. El estudio de los jefes de la oligarquía es el objetivo central del libro de Michels, quien se cuida de analizar de forma muy minuciosa los factores—especialmente los psicológicos—que provocan su aparición y encumbramiento, así como su forma de operar.

Por razones técnicas (imposibilidad material de que la masa amorfa realice las tareas individuales que exige la organización) se procede a una división del trabajo, que se encomienda, en una primera fase, a algunos de sus miembros, a título gratuito y esporádico. Pero cuando la organización crece, es preciso profesionalizar a estos especialistas. Y aquí es donde empiezan a operar las razones psicológicas que elevan a algunos de ellos al rango de jefes, y aun de ídolos: la masa está acostumbrada a ser dirigida, e incluso tiene necesidad interna de ello, como también la tiene de reverenciar y apasionarse por alguien (recuérdese que es el mismo factor que opera con los ídolos artísticos y deportivos) y, por otro lado, el jefe tiene también la tendencia individual a gustar de la admiración y, sobre todo, del poder. De la conjunción de todos estos factores surge el jefe político profesional, que procura indefectiblemente asegurarse su jefatura de modo permanente y escapar del control de las masas. Y si pudiera creerse que estas motivaciones psicológicas—en las que tanto hincapié hace Michels—son meras sutilezas, y en este sentido se enderezan buena parte de sus críticos (máxime cuando la psicología y el psicoanálisis no estaban aún científicamente desarrollados) (45), hay al menos un hecho

(45) Entre otros muchos autores, cita MICHELS a PROUDHON: «L'espèce humaine veut être gouvernée; elle le sera. J'ai honte de mon espèce» (1850). Con el tiempo este diagnóstico parece confirmarse a través de síntomas acelerados. Cfr. FROMM: *El miedo a la libertad*, 1968. Los últimos aconteci-

indudable que no es posible negar: la existencia de este proceso y la afirmación universal de los jefes oligarcas. Sea como sea, una vez en el poder, los jefes cuentan con medios sobrados (económicos y de información) para afianzarse en él. Y esta lucha por el afianzamiento se convierte en su primer objetivo, dejando en segundo lugar lo que es esencial, o sea, la consecución de los fines democráticos de la organización, que los ha engendrado a ellos.

La oligarquía de los jefes se potencia y canaliza a través del burocratismo y de la centralización. Y aquí es curioso señalar que en este punto el análisis de Michels engloba indistintamente a la organización estatal y a la de los partidos. El Estado (y los partidos) necesitan de una amplia Burocracia por dos razones fundamentales de naturaleza política, en las que insiste el autor, marginando un tanto las razones de operatividad administrativa: la conveniencia de integrar a los intelectuales—cuya fidelidad se asegura al proporcionarles un puesto de trabajo—y la corruptela de pagar favores políticos con cargos retribuidos en la Administración. Como se ve, con esta exposición político-psicológica sigue Michels la tradición teórica italiana (no hay que olvidar que es en este país donde vive y enseña); sin llegar a poner al descubierto las razones funcionales y racionales de la Burocracia, como muy poco tiempo después acertaría a realizar Max Weber. Esto aparte, el burocratismo lleva consigo la opresión del individualismo y de la libertad personal. En este punto se apoya Michels expresamente en testimonios contemporáneos como los de Alfred Weber y Wolfgang Heine; pero parece claro que también puede emparentarse su posición con la del liberalismo clásico. Recuérdese que Michels suele ser considerado como el puente o eslabón que enlaza las «viejas» y las «modernas» teorías burocráticas. Su libro abrió nuevos caminos a la investigación científica de la Burocracia; aunque, como es lógico, los materiales bibliográficos por él utilizados pertenecen a unas generaciones que, en parte gracias a su genio, hoy se consideran superadas.

mientos políticos están haciendo perder la esperanza a los últimos optimistas.

En cuanto al centralismo, obedece, por lo pronto, a razones técnicas, ya que resulta mucho más eficaz homogeneizar y concentrar en un solo lugar todos los procesos de dirección. Ahora bien, si la centralización es un resultado de la oligarquía, no por ello hay que entender que la descentralización vaya a ser un resultado de la democracia. De hecho, las tendencias descentralizadoras que se observan en los partidos son, más bien, consecuencia de rencillas internas entre las oligarquías. Es la envidia y la impotencia la que empuja a ciertos jefes hacia la descentralización. Cuando una minoría no consigue el poder en el centro, propugna la descentralización con la esperanza de dominar el área desgajada. Por ello, «la consigna de la mayoría es la centralización, y la de las minorías, la descentralización». O más claramente todavía: «la tendencia a la autonomía regional no modifica en lo más mínimo la oligarquía de los partidos; ciertamente que se opone a la creación de una oligarquía gigante, pero sólo para convertir el oro en calderilla, sustituyendo una sola oligarquía por otras muchas, tan poderosas como aquélla, cada una dentro de su pequeña esfera».

A la vista de cuanto antecede, fácil es comprender el pesimismo de nuestro autor: la democracia precisa de la organización, la organización engendra la oligarquía (la llamada «ley de hierro de la oligarquía») y la oligarquía, cerrándose sobre sí misma, convierte a la organización en un fin, olvidando que es un medio, y sólo se preocupa de asegurar su propio poder y de impedir cualquier innovación que pueda ponerla en peligro. ¡Y esto sucede—y así se constata empíricamente—precisamente en los partidos que pretenden imponer la democracia en Europa! Frente a esta situación, cabe ciertamente arbitrar algunos remedios: el anarquismo, el sindicalismo o el referéndum. Pero nadie mejor que Michels es consciente de su inutilidad. La oligarquía—y su anejo la Burocracia—cierran el paso inexorablemente a la democracia, sin salida posible.

Como puede verse, Trotsky, Luxemburgo y Michels llegan a conclusiones similares. La obra de Michels, sin embargo, fue la más difundida (46), precisamente por carecer de apasionamiento.

(46) El propio autor, en el prólogo a la segunda edición (1925), se cuida,

to polémico y venir apoyada por un análisis científico muy sólido. Trotsky y Luxemburgo seguirían polemizando sobre el tema durante toda su vida; Michels, cuyas tesis estaban más elaboradas, se encerró en un sombrío aislamiento, afectado incluso de sugerencias fascistas. En cualquier caso, lo fundamental era que se había venido abajo el mito de la democracia sin Burocracia. *La Burocracia no era, por consiguiente, un fenómeno político, como se venía creyendo desde Marx, sino un fenómeno propio de la organización moderna.* Tal sería la tesis de un autor contemporáneo a Michels, Max Weber, del que nos ocuparemos con detalle más adelante.

Después de Michels quedaba claro, por otra parte, que el *problema político de la Burocracia no se agotaba en el tema de sus relaciones con el poder (con el poder externo o social) sino que existía, además, el problema de la democracia o poder interno dentro de cada organización, irremediamente usurpado por los oligarcas y los burócratas.* Dicho con otras palabras: cuando en una agrupación—cualquiera que sea su naturaleza: política, económica, religiosa—aparece la Burocracia, ésta abandona pronto su carácter instrumental originario, para apoderarse de la dirección desalojando del poder a las fuerzas que primariamente lo detentaban (como los fundadores o los miembros). La Burocracia hace así ilusoria la posibilidad de una democracia interna dentro de una organización, y todo ello sin perjuicio del problema clásico de la influencia de esa organización burocratizada sobre el sistema social en que está inserta.

El pesimismo de Michels encontró inmediatamente la oposición del optimismo de los primeros tiempos de la revolución rusa. Bujarin (47) fue uno de sus principales contradictores.

no sin cierto orgullo, de recoger estas influencias entre sus contemporáneos, aunque señalando que sus ideas no aparecen en otras tan capitales como las de su amigo Max WEBER (a quien va dedicada la primera edición alemana) y de PARETO. Como señala Werner CONZE en el epílogo a la edición de Kröner de 1957, p. 379, de MICHEL'S ha podido decirse con razón que se trata de un «clásico», en el sentido de que su libro comparte el destino de tantos otros libros clásicos: el de ser muy citado y poco leído.

(47) *Teoría del materialismo histórico*, 1922. Citado Apud NAVILLE, *La Burocratie et la Revolution*, pp. 54-57.

Para Bujarin resulta completamente normal que la clase trabajadora cuente con sus organizadores (burócratas): toda clase social ha de operar a través de una organización y toda organización a través de unos organizadores. Así lo ha venido haciendo la clase burguesa, que ha explotado a la proletaria por medio de sus burócratas. Pero si la clase trabajadora tiene también sus organizadores, la función de éstos es muy distinta a la de los burócratas burgueses, ya que no tienen a nadie a quien explotar: la clase trabajadora no va a explotarse a sí misma, ni tampoco puede hacerlo a la clase burguesa, que ya ha sido eliminada. Vistas así las cosas, ¿cómo valorar el poder burocrático estable detectado por Michels? Bujarin, aun reconociendo su existencia efectiva, no le da excesiva importancia, puesto que en su opinión, se trataría de «un poder de especialistas sobre las máquinas y no sobre los hombres». Este poder sólo puede ser grave si las masas lo aceptan. En una sociedad capitalista esta aceptación puede parecer inevitable como consecuencia de la «incompetencia de la masa», tal como había señalado Michels. Pero la incompetencia de la masa no es una situación inalterable y universal. En la sociedad socialista, y gracias en primer término a la instrucción, la masa de trabajadores puede ponerse en condiciones de resistir al poder burocrático. Aquí el optimismo de Bujarin es muy característico de su momento: «Cuando la clase trabajadora vence, no es homogénea, puesto que esto tiene lugar en circunstancias de decadencia de las fuerzas productivas y de inseguridad. Por ello aparece la tendencia a la degenerescencia, es decir, a la decantación de una capa dirigente separada que, de no evitarlo, podría algún día llegar a convertirse en clase. Ahora bien, esta tendencia perniciosa se ve felizmente detenida por otras dos tendencias contrarias: el crecimiento incesante de las fuerzas productivas y la supresión del monopolio de la instrucción. La clase obrera produce un gran número de técnicos y de organizadores en general, con lo que se hace innecesaria la formación de una nueva clase (de burócratas).»

En mi opinión, para explicar la diferencia entre el pensamiento de Bujarin y el de Michels, basta pensar que éste se

basaba en el análisis de la realidad, mientras que aquél se limita a especular de acuerdo con el más prototípico de los *wish thinking*. Muy pronto, el tiempo se encargaría de demostrar que estas especulaciones eran totalmente gratuitas (48).

4. Juan Andrade y la Burocracia reformista

En 1935, Juan Andrade—fundador del Partido Comunista español, luego de la oposición comunista y, en fin, miembro destacado del Partido Obrero de la Unificación Marxista Español—escribe un extenso libro sobre *El reformismo burocrático en el movimiento obrero* (49). El autor conoce perfectamente las obras clásicas del marxismo—desde Marx y Engels hasta Trotsky—y está particularmente interesado por el sindicalismo británico y americano, que representan, según él, la quintaesencia del reformismo. El libro es—como veremos inmediatamente—un alegato brillante contra la burocracia y el burocratismo, cuyo mayor mérito consiste, sin embargo, en poner al descubierto el *papel histórico que la Burocracia ha jugado siempre dentro del movimiento obrero, a saber: el encarnar el reformismo ideológico y político, que desvía los auténticos intereses revolucionarios de la clase obrera*. Dicho con otras palabras: por lo que se refiere a las organizaciones proletarias, la Burocracia añade a sus defectos típicos el haber impuesto el reformismo evolucionista. Lo que quiere de-

(48) Sin perjuicio de la actitud descrita en el texto, es de tener en cuenta que andando los años evolucionó el pensamiento de BUJARIN, hasta tal punto que terminó obsesionado por la sospecha de que el socialismo no tenía que ser la opción necesaria al Estado capitalista, sino que cabía otra posibilidad: la del capitalismo de Estado, encarnado en una capa dominante que continuaría la explotación de los trabajadores por medio del aparato dominante. Cfr. S. COHEN: *Bukharin and the Bolshevik Revolution. A political Biography*. Ed. A. Knopf. Nueva Yorkk, 1973.

(49) Ediciones Gleva, Madrid, septiembre de 1935. Dedicamos a esta obra una atención quizá desproporcionada, no tanto por tratarse de un autor prácticamente desconocido—y español por más señas—como por el realismo de sus planteamientos y por la fecha de su aparición, en la que están superadas ya las polémicas iniciales clásicas y se anuncian las líneas modernas de discusión marxista crítica. Rigurosamente contemporáneos, ANDRADE y RIZZI expresan una quiebra fundamental en la evolución del pensamiento marxista sobre la Burocracia.

cir que la Burocracia no es sólo un mal en sí misma, sino, además, en cuanto que es reformista.

«La Burocracia comenzó por difundir en el movimiento obrero la ideología de que mediante una política de reformas conseguidas paulatinamente por la acción pacífica y legal, la clase trabajadora podía llegar a su emancipación económica. Logró por este camino separar a los trabajadores de la actividad revolucionaria y encarrillarlos por la vía reformista. Y ahora, las reformas en cuyo nombre se hizo a los trabajos abandonar la revolución, las ceden sin batalla alguna al fascismo o se pasan resueltamente a éste» (pág. 9): «Sobre la Burocracia grava toda la gran responsabilidad histórica de las derrotas y de los retrocesos que ha experimentado el proletariado. Sobre la Burocracia reformista, primeramente, y sobre la centrista o staliniana, en segundo lugar. La reformista ha cumplido la misión que en el desarrollo del movimiento obrero se le había asignado: servir de agente del capital en las filas de la clase obrera. De esta manera ha ido jalonando de traiciones toda su actuación en todos los países del mundo. En las horas de ascenso del movimiento obrero, la Burocracia reformista ha frenado todas las posibilidades de conquista; en los momentos de peligro y reacción ha abandonado a los trabajadores a su suerte espontánea facilitando así su derrota» (págs. 13-14) (50).

El primer dato que caracteriza a la Burocracia de Partido y sindical es su paralelo con la Burocracia estatal, a la que tan duramente juzga también el autor, según tendremos ocasión de comprobar más adelante (51). «El burocratismo sindical ha seguido en su marcha un desarrollo similar al burocratismo del Estado. En los países muy desarrollados, estos dos elementos bu-

(50) La Burocracia centrista o staliniana no sale mejor parada de las críticas del autor; pero como el libro no se refiere a ella, ANDRADE se limita a hacer en el prólogo la siguiente observación marginal: «Esta burocracia gira en todos los países en torno a la burocracia del primer Estado obrero del mundo. Colocando por encima de los intereses generales de la revolución internacional los especiales de la Unión Soviética, quebranta el poder de resistencia del proletariado mundial y, al mismo tiempo, mina las bases del Estado socialista. La irresponsabilidad de la burocracia centrista, su acción aventurada y desenfrenada, facilitan las tareas del reformismo y obstaculizan con ello el desarrollo de la revolución internacional.»

(51) Pp. 361-364 de este libro.

rocráticos no tienen en su mentalidad y hábitos muchas diferencias entre sí. Se puede observar en los dos la misma limitación de horizontes y el mismo anhelo de seguridad permanente y de quietud en el cargo; los dos persiguen en la sociedad la misma finalidad genérica: contener toda tendencia renovadora. El burocratismo sindical ha absorbido las concepciones burguesas, mejor dicho, pequeñoburguesas; ha logrado en casos bastantes frecuentes la mixtificación de la ideología proletaria y la corrupción de la clase obrera. Lo mismo que la alta burocracia de la Administración Pública constituye dentro del Estado burgués una potencia que obra independientemente e impone su criterio a la colectividad a cuyo servicio dice estar, la burocracia sindical constituye una casta independiente dentro del movimiento obrero, que la eleva y la mantiene. Se erige en aparato oligárquico que impone sus intereses particulares por encima de los generales de la clase. A pesar del sistema democrático en que está basada la organización sindical, los simples miembros no pueden hacer prevalecer su opinión contra el funcionarismo reformista. A través de una tupida red de reglamentos y estatutos, de los que ellos se erigen en únicos y sabios interpretores, consolidan su poder personal en las organizaciones sindicales. El burócrata es un oligarca en su organización, a la que considera de su exclusiva pertenencia. Marx decía que bajo el capitalismo, el ciudadano frente al Estado es una abstracción, una cifra. Ante la Burocracia sindical, el obrero no es más que una abstracción, una cifra que cotiza. El imperio de la Burocracia en el movimiento obrero supone prácticamente el gobierno de una jerarquía de funcionarios sindicales» (págs. 29-30).

La razón de todo esto es muy sencilla. En el fondo, todos los burócratas son iguales. El burócrata no es un obrero, sino un pequeño burgués, y así es como puede explicarse su actitud. «El burócrata obrero ocupa una posición especial en la sociedad moderna. Prácticamente, ideológicamente, no pertenece ni a la burguesía ni al proletariado. Por un lado representa los intereses de los trabajadores, de cuya clase han salido todos ellos y a la cual deben todo su mejoramiento económico; por otra parte, no puede fundirse en la clase burguesa porque los

intereses de los obreros, que ellos se ven forzados a defender, están en contradicción constante con los de los explotadores. El trabajo cotidiano que desempeña un funcionario sindical retribuido es un trabajo intelectual. No son tampoco, debido a esto, trabajadores manuales. ¿Qué son en realidad? Pequeño-burgueses sometidos a todas las fluctuaciones de esta clase» (página 44).

¿Cuál es la causa de la aparición de la Burocracia obrera? «El burócrata, es decir, el funcionario retribuido del movimiento obrero, nace desde el momento en que la organización sindical adquiere cierto volumen y en el que, debido a ello, se precisa designar miembros que entreguen en su totalidad el trabajo a la organización. La existencia del funcionario es, pues, una necesidad en relación con el desarrollo del movimiento. Este desenvolvimiento obliga a una sistematización tal de la actividad sindical que no es posible hacerla compatible con la aportación del trabajo cotidiano en otras actividades. Las funciones específicas del movimiento obrero exigen sus empleados especiales dedicados exclusivamente a las tareas propias» (pág. 45). En este punto cita el autor la opinión de un autor Henri de Man (*Más allá del marxismo*), con el que sustancialmente está en desacuerdo, pero del que considera útil recoger unas palabras: «el desarrollo de la organización crea poco a poco un criterio nuevo para la selección de los jefes, lo cual produce nuevo tipo psicológico... Pasaron los tiempos en que el obrero no necesitaba otros guías que los de temperamento heroico. Ahora necesita funcionarios aptos, cajeros honrados, representantes sagaces, periodistas y oradores hábiles» (pág. 75).

En cualquier caso parece clara la existencia de diferentes tipos burocráticos. Como mínimo, «la de aquellos francamente arribistas que ven en la organización sindical o política meramente un escabel para hacer carrera política, y la de aquellos otros de mentalidad y aspiraciones más limitadas, para los cuales toda su ambición queda circunscrita a conservar y mejorar el sueldo de su sindicato, obtener además dietas en cualquier institución oficial, tener un hotelito en una cooperativa

de casas baratas y colocar a su hijos en el Ministerio de Trabajo o en otra institución cualquiera de carácter oficial.

El tipo de gran burócrata es el encargado, por mediación de la actividad política, de servir francamente los intereses burgueses en el seno del movimiento obrero. Su contacto con la clase obrera queda limitado al contacto en los actos públicos que se celebran. Viven independientemente del ambiente obrero, buscan incluso en otros medios sus amistades. Son casi inaccesibles para los simples militantes de la organización. Conocen a la perfección toda la vida parlamentaria, los recovecos de las oficinas públicas; pero desconocen en absoluto las angustias de un hogar trabajador. El pequeño burócrata, en cambio, limita sus aspiraciones a la conservación de su retribución sindical y de los demás privilegios inherentes al cargo. La pérdida de su situación le produce un verdadero terror» (págs. 214-215).

La *psicología* del burócrata es examinada con especial detalle por Andrade. «El rasgo distintivo de la psicología del burócrata del movimiento obrero es su conocida mediocridad pequeñoburguesa. Está constituida la Burocracia obrera por ex-proletarios que, poco a poco, con ayuda de la organización, se convierten en perfectos pequeños burgueses... Cuanto más se identifica el burócrata con la función estrictamente administrativa, más se momifica y achabacana. Va dejando a un lado toda inquietud de linaje político para condensar su tarea en la oficina y en la vida pequeñoburguesa (y)... a medida que se eleva en la escala burocrática, es más rápido el proceso de aburguesamiento del funcionario obrero. Va colocándose por encima de los que fueron sus compañeros de clase, busca amistades en otros medios, abandona sus hábitos y costumbres y se convierte en perfecto pequeñoburgués. Su cambio de situación se refleja hasta en su indumentaria.

El mandarín sindical obra, en la mayoría de los casos, como dueño absoluto de la organización y separa inflexiblemente de ella a los que obstaculizan sus combinaciones políticas y personales, lo mismo que el patrono prescinde de los trabajadores que perturban el trabajo con sus ideas disolventes (como ellos dicen).

El burócrata ama la organización por la organización en sí, independientemente de que ésta cumple su cometido, o no... Los avances que la victoria suponga para la causa común del proletariado escapan a su examen, porque para ellos no existe más aspiración que el lograr unas organizaciones potentes, aunque ineficaces para la acción. La organización se crea para que actúe, pero en el momento en que se desarrolla y se convierte en un organismo potente, no se actúa para no quebrantarla. La inhibición en la actuación necesaria de carácter político la fundamenta el burócrata en dos tópicos: la noción de la responsabilidad y el realismo. Entendiendo por noción de la responsabilidad el no decidirse a ninguna acción para evitar los daños eventuales en la organización. Y entendiendo por realismo el ver los problemas a ras del suelo de la secretaría» (páginas 84-88).

Pero donde la crítica de Andrade alcanza su mayor profundidad y radicalismo es a la hora de analizar la *táctica* de los burócratas, es decir, los medios y maniobras que utilizan para afirmar su poder sobre las masas obreras, y en último extremo, desviarlas hacia sus objetivos reformistas.

«Por espíritu de conservación, para hacerse imprescindible en el cargo, el burócrata tiene un especial interés en dar proporciones extraordinarias a la importancia de la gestión que desempeña. Hace un secreto de la técnica administrativa de la organización, trata de hacerse insustituible en el cargo y de que los miembros de la organización lleguen a identificar la buena marcha de la misma con la presencia al frente del sindicato de su tradicional dirigente máximo. Cuida de su organización, le dedica tanto trabajo como un comerciante a su tienda, porque él constituye su medio de vida y no por otras consideraciones de estirpe generosa. Para el perfecto mandarín sindical, todos los problemas, hasta los de un volumen más trascendental, quedan limitados a simples cuestiones técnicas. Nadie como el bonzo para empequeñecer las cuestiones. La técnica para ellos tiene una significación limitadísima. La palabra se envilece en su aplicación.

Existe efectivamente una técnica del burócrata sindical. Una

larga experiencia de los problemas, un conocimiento bastante exacto de lo que da de sí el nivel medio de la educación política de los trabajadores, le ha adiestrado en la práctica de un conjunto de habilidades y trucos que sabe desarrollar oportunamente. Aquí reside el motivo primordial de sus éxitos. Contra la pasión y el entusiasmo de la oposición progresiva, el burócrata opone sangre fría y cálculo. Y un poder de resistencia a toda prueba, que frecuentemente desarma al adversario. Los dirigentes sindicalistas tienen además un conocimiento perfecto, adquirido en la práctica diaria, de la psicología de los trabajadores..., arma que manejan para la conservación de su influencia y para imponer sus puntos de vista en todas las circunstancias.

Por otro lado, la función aísla del mundo circundante y aparta de toda inquietud humana. La seguridad en el cargo insensibiliza ante los dolores ajenos. Al burocratizar la función y convertirla en un simple trabajo de oficina, actúa en ella el burócrata con el mismo espíritu que el más rutinario empleado administrativo.

A semejanza de Luis XIV, los burócratas claman: El sindicato soy yo. Pues confunden sus intereses personales con los de la organización. Presentan a sus enemigos políticos como enemigos de la organización, lo que generalmente da excelentes resultados en el sentido de lo que el practicón sindical se propone conseguir. Por otro lado es fomentador consciente y deliberado de capas de aristocracia obrera. Su estrecho corporativismo profesional atenta contra los intereses vitales de grandes masas obreras, al buscar exclusivamente la defensa de las minorías calificadas.

Incluso mucho más que la propia burguesía y que los intelectuales servidores de ella, los burócratas tienen de las masas obreras un concepto gregario. Sienten íntimamente un absoluto desprecio hacia los trabajadores y creen que deben estar dirigidos de una manera despótica.

La fuerza de los burócratas sindicales descansa primordialmente en la frecuente falta de asistencia a las asambleas del conjunto de los trabajadores que constituyen la organización;

acudiendo sin escrúpulos en casos extremos al arma de la escisión: cuando una organización escapa de sus manos, entonces no por eso se resignan y reconocen la voluntad de la mayoría, sino que crean otra organización controlada por ellos directamente.

Otro factor no desdeñable —e incluso muy significativo— del poder de los burócratas es el cultivo del sentimiento idolátrico de los trabajadores. Elevan a la categoría de seres excepcionales a los más significados dirigentes, y de sus gestiones personales hacen creer que dependen los avances que experimenta, en las buenas épocas, el proletariado. Desarrollan y alientan una especie de fetichismo personal. De ahí que el trabajador primario tenga en muchos casos la concepción simplista de que las reivindicaciones obtenidas se deben exclusivamente a la acción de los dirigentes y no al conjunto de los organismos» (páginas 88-112).

Con la descripción de estas tácticas nos hemos adentrado ya en lo que Andrade —muy acertadamente— considera el *dato esencial de la Burocracia obrera, o sea, su tendencia reformista*. La Burocracia no sirve a los auténticos intereses revolucionarios del proletariado, sino al reformismo socialista, es decir, a la colaboración con la burguesía. Pero ¿cómo es posible tal traición?: Muy sencillo. Porque los burócratas no están solidarizados con las masas obreras, sino solamente con una parte de ellas —con su aristocracia— cuyos ideales han sido siempre reformistas. «El principal sostén social en la burocracia sindical es la aristocracia obrera. El burócrata interpreta los intereses y egoísmos de los obreros que por el mismo proceso de desarrollo capitalista se encuentran en situación privilegiada en relación al conjunto de sus hermanos de clase. La aristocracia obrera está constituida por aquella parte de la clase trabajadora que, gracias a su carácter de especialistas en el proceso de producción capitalista y a la coyuntura favorable de capitalismo de su propio país, recibe salarios más elevados en relación con el conjunto del proletariado nacional y a costa de éste o de los sobrebeneficios que su burguesía obtenga en las colonias» (página 30).

Y por si esto no fuera bastante, robustecen su poder con el apoyo directo de los obreros que, aun sin pertenecer a la «aristocracia», al menos tienen trabajo. En la época en que escribe Andrade, el obrero que tiene trabajo ya tiene algo que defender, es un privilegiado que teme perder sus salarios y hundirse en la miseria, por lo que consecuentemente aspira al reformismo para conservar su posición, aunque sea renunciando a sus últimos objetivos revolucionarios. Naturalmente que el apoyo de esta segunda categoría no es tan seguro como el que prestan los aristócratas; pero tampoco resulta excesivamente difícil conseguir su adhesión mediante las manipulaciones que, en gran parte, ya han quedado descritas. A tal efecto, los burócratas utilizan, sin escrúpulos, el aparato de la organización, embotando los sentimientos revolucionarios de las masas obreras. Ahora bien, lo que de esta forma en ningún caso pueden alcanzar es la devoción de los sin trabajo, que es donde reside el auténtico ímpetu revolucionario. Entre unos y otros se alza un abismo insuperable. La escisión debilita a la clase obrera, y explica la mayor parte de sus fracasos, pero esto no importa a los burócratas, puesto que a éstos lo único que les importa es mantener sus ventajas personales (pág. 43).

Al cabo de todas estas reflexiones termina cerrándose el libro de Andrade con un capítulo—relativamente breve—dedicado a la *lucha contra la Burocracia*. Si la Burocracia es perniciosa por sí misma y por su significado reformista, parece lógico que el auténtico proletariado se haya esforzado siempre en combatirla. Pero ¿con qué medio y con qué posibilidades de triunfo? ¿Cuál ha sido la causa del fracaso y cuál ha de ser en el futuro la postura más adecuada al efecto?

«Desde antes ya de 1914, pero fundamentalmente a partir de 1908, la historia del movimiento obrero de todos los países ha sido una lucha constante y enconada de los elementos más progresivos contra la Burocracia y contra los métodos de dirección y organización burocráticas. Todas las derrotas del proletariado a partir de 1914, en que la gran Burocracia europea le arrastró a la contienda, pasando por el período de posguerra, en que las revoluciones fueron aniquiladas por la Burocracia, hasta llegar

al período histórico actual, en que las tendencias más reaccionarias de la burguesía se han afirmado en algunos países, se deben a la acción contrarrevolucionaria perseverante de la Burocracia sindical y socialdemócrata. Sin embargo, el poder y la influencia de la Burocracia, principalmente de la sindical, no se ha debilitado sensiblemente desde entonces, sobre todo en relación con la magnitud de los estragos políticos y materiales causados en el movimiento obrero.»

Para liberarse de la oligarquía burocrática, suelen los teóricos acudir a remedios concretos —y muy limitados— como el referéndum de los afiliados o el principio de la no renovación de los cargos. Ahora bien, frente a estos planteamientos técnicos de bajo vuelo, afirma Andrade que *el problema contemporáneo de la lucha contra la Burocracia es fundamentalmente un problema político y está ligado a toda la actuación del proletariado contra la sociedad actual. No se le puede aislar, pues, de las demás cuestiones planteadas a la clase obrera, y mucho menos combatir el peligro burocrático exclusivamente con medidas administrativas.* Si los burócratas tienen una positiva influencia y ascendiente entre grandes núcleos de trabajadores es porque reflejan en cierta forma su mentalidad conservadora, su estrechez corporativa y su temor a la acción. La labor inmediata que se impone es precisamente combatir semejantes sentimientos para despertar en los trabajadores atrasados la vocación por sus intereses superiores de clase. Y esta actividad no puede desarrollarse dejando que el entusiasmo y la pasión de las masas obreras se estrangulen en las organizaciones burocráticas y que el nuevo espíritu de las jóvenes generaciones se aprisionen en las mallas de los reglamentos y en la rutina administrativa. Pero tampoco se obtendrá ningún resultado eficaz oponiendo a la acción sensata de la Burocracia la actividad irresponsable de los rebeldes vulgares. (págs. 264-275).

Como puede verse, el libro de Andrade está escrito con una pasión que refleja muy bien el estado de las organizaciones obreras españolas de la época. El autor y su partido (el P.O.U.M.) odian la organización burocrática que caracteriza a los partidos socialistas y comunista y a sus sindicales obreras (la Unión Ge-

neral de Trabajadores). Pues bien, a la violencia de su estilo literario pronto se respondería con la violencia física. Dos años después, en mayo de 1937, el P.O.U.M. fue liquidado sangrientamente en las calles de Barcelona —y luego en las cárceles— bajo un gobierno presidido por un socialista y con la participación directa y eficaz de los comunistas; en un ambiente oficial enemigo o inhibido, el P.O.U.M. sólo encontró apoyo, aunque insuficiente, en el anarquismo, que, por casualidad, también estaba en contra de la burocratización. De aquellas matanzas, todos (menos los muertos) obtuvieron friamente sus ventajas: los comunistas se desembarazaron de unos rivales incontrolados y peligrosos, el Gobierno catalán pudo levantar la hipoteca proletaria a que estaba sometido, el Gobierno de la República aprovechó la oportunidad para reasumir los servicios de orden público en el territorio catalán y, en fin, huelga comentar las ventajas obtenidas por el general Franco. Por otro lado —y fuera ya de su contexto nacional concreto— el libro de Andrade es un maduro exponente de esta línea crítica de la burocratización de las organizaciones revolucionarias obreras, de las que nos hemos ocupado en el presente epígrafe y que reaparecerá con frecuencia en las páginas posteriores.